

¡RANKO!

El Presidente de los EEUU está secuestrado en un búnker secreto, oculto en una inmensa propiedad secreta repleta de soldados secretos armados hasta los dientes. Está siendo torturado por el comandante del ejército Nehemiah Siodmak, un traidor a la patria con planes de conquista mundial. Jerry Ranko se infiltra silbando entre las miríadas de soldados, llega hasta donde está el Presi en pelotas, ensangrentado y colgando del techo, elimina a todos sus captores y escapa con el Líder del Mundo Libre al hombro. A Ranko le da igual que el cadáver de Siodmak no haya sido encontrado, porque por fin es viernes y empieza su fin de semana… Pues no, porque resulta que en el emirato de Kumán, en pleno Golfo Pérsico, acaban de ser secuestrados ahora 3 científicos rusos y 3 americanos, para llevar a la fuerza el macabro plan de fabricar docenas de barriles de un combustible nuevo al que unos llaman «gas» y otros «vodka», un éter capaz de envenenar a todo un país con sólo una gota. Ranko viajará a Kumán disfrazado de vendedor de alfombras, conocerá a la despampanante soldado nudista Vania Dubronski, y juntos desbaratarán el megalómano plan de, quién si no, el fugado Siodmak.



Curtis Garland

¡Ranko!

Bolsilibros - Indiana James - 47

ePub r1.0
LDS 12.04.18

Título original: *¡Ranko!*
Curtis Garland, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo primero

El alarido desgarrador retumbó en la noche siniestramente, provocando un repentino pánico en los animales selváticos.

Después, hubo un silencio tan dramático o más que el propio grito oído momentos antes. Los pájaros que habían sobrevolado la jungla ruidosamente al escuchar el alarido, volvieron a posarse lentamente sobre los árboles, mientras la noche volvía a ser como un manto negro y siniestro, de amenazadoras sombras inconcretas.

Sin embargo, el dolor de un ser humano continuaba en alguna parte, en aquella selva tenebrosa. Y eso lo sabía el que estaba al acecho en un lugar de aquel mundo oscuro, cargado de misterios estremecedores.

Ese hombre era como una sombra inquietante más, moviéndose entre el verdor lujurioso, como si su cuerpo, en vez de ser una sólida masa de músculos, fuese algo intangible, evanescente, de humo o de simple oscuridad, sin forma alguna.

Los ojos, en la sombra, brillaban como carbones encendidos, llenos de crispación, como esperando algo que no se producía.

Sin embargo, las recias manos, nudosas, fuertes, se crispaban ansiosamente, como reclamando una presa a la que estrujar con toda su rabia, que era mucha, sin duda alguna.

Pero no tenía a nadie cerca, por lo que se tenía que conformar con esperar, esperar moviéndose, eso sí, hacia un concreto lugar en aquella intrincada selva.

Paulatinamente, el hombre de la jungla fue acercándose al lugar que era su objetivo real en aquel laberinto verde.

Y ese objetivo no era otro que el campamento.

Un campamento situado en la hondonada que rodeaban las elevaciones boscosas por las que se movía el silencioso individuo de

músculos poderosos y mirada fulgurante. Muñequeras de cuero se cerraban en torno a sus muñecas vigorosas. Una camisa desgarrada apenas si cubría un torso hercúleo, mientras un trapo rojo oscuro ceñía sus cabellos rebeldes, de un negro azabache. La cara, apenas entrevista de vez en cuando, al filtrase el resplandor de las lejanas estrellas por la bóveda verde de la selva, era como una máscara cincelada en bronce vivo. O como un manojo de músculos bajo una tirante piel curtida, de recta nariz, labios prietos y mentón crispado.

El solitario merodeador de la jungla apenas si producía ruido con sus pisadas, pese a calzar recias botas militares de suelas enfangadas por el húmedo, blando suelo selvático. En una mano llevaba un fusil ametrallador de chato cañón, empuñado por su diestra en torno a la voluminosa culata, mientras en su cintura asomaba el mango de un enorme cuchillo dentado, capaz de segar una cabeza de un solo tajo, o de aserrar el tronco de un recio árbol en pocos segundos, tal era su filo y su poderío.

El aire era pesado, bochornoso. Olía a la humedad densa de los cercanos pantanos que infectaban el aire con su hedor a putrefacción y a líquenes descompuestos, más allá de la muralla de verdura que cubría la mirada, como telón de fondo del campamento.

En el campamento estaban ellos. Sus enemigos. Y el hombre que había gritado su agonía dolorosa, momentos antes.

La faz del merodeador estaba aún más crispada que antes, tras captar el alarido de desesperación, de muerte acaso. Había llegado hasta allí precisamente por ese mismo hombre que ahora gritaba. No podía saber a ciencia cierta si estaba muerto o vivo a estas horas. Si era lo primero, habría llegado tarde. Su misión sería inútil. Si aún vivía, tal vez no pudiera tampoco sacarle con vida de allí. Todo estaba por ver, pero su rostro no reflejaba optimismo. Sin embargo, tampoco se daba por vencido.

Jerry Ranko nunca se daba por vencido. Nunca.

No se había dado por vencido en Vietnam cuando todo iba peor. No se dio por vencido cuando se adentró en la selva nicaragüense en una ocasión, para salvar a un americano acusado falsamente de espionaje y de acción saboteadora. Tampoco se dio por vencido, cuando le enviaron a África en una misión especial durante el derrocamiento de un líder árabe amigo de los Estados Unidos por

una facción fanática islámica que cambió radicalmente el país, planeando asesinar a su líder. Ahora ese político árabe se encontraba a salvo en los Estados Unidos gracias a él.

Yen estos momentos, Jerry Ranko tenía una misión parecida: rescatar con vida a un hombre cautivo.

Ese hombre era, nada menos, que el Presidente de los Estados Unidos.

Yeste país hostil en que se movía Jerry Ranko no era Vietnam, ni Nicaragua, ni África, ni tan siquiera la URSS o China, Era… ¡los Estados Unidos de América!

Corrían tiempos malos para todos. Para América, para la democracia, para el mundo entero. Si la URSS se enteraba de esto, el caos sería definitivo. El Presidente estaba prisionero en su propio país. Torturado sin duda, como hacía presagiar ese grito desesperado que rasgara la noche selvática. A punto de ser asesinado, si no lo había sido ya a estas alturas.

Así, toda la labor pacifista de años, los resultados de la reciente «cumbre» con el líder soviético, los acuerdos que habían terminado con toda posible amenaza nuclear terrestre o espacial, ofreciendo al mundo una nueva paz basada en el mutuo entendimiento, se iría al traste en un momento.

Los raptores del Presidente sabían hacer las cosas. Eran compatriotas, americanos como él mismo. Políticos, militares, falsos amigos hasta poco antes. Ahora, formaban una temible organización paramilitar que iba a dar el más formidable e inesperado golpe de Estado de todos los tiempos: el derrocamiento de la democracia americana, sustituida por un nuevo régimen militar de corte totalitario que hiciera posible una guerra mundial inmediata, rompiendo las hostilidades con la URSS y con China.

De él, de Jerry Ranko, simplemente, dependía todo: la vida misma de América, de su Presidente legalmente elegido por el pueblo, de una democracia modélica en el planeta, de un gobierno del pueblo y para el pueblo.

Jerry Ranko sabía todo eso. Lo supo cuando el general Willoughby, uno de los militares leales al Presidente, un hombre amante de la paz, le había dicho con voz alterada:

—Es preciso, Ranko. Tiene que salvar usted al Presidente. Y con él, la democracia americana. Y al mundo. No existe nadie que

pueda hacerlo. Nadie, excepto usted.

El coronel McFarlan había coincidido con el general en ese punto. Y también el vicepresidente Bowman, a la sazón oculto a los conspiradores golpistas que le buscaban para eliminarlo, seguros de su lealtad a la presidencia.

—Hemos pensado en todas las posibilidades —había dicho Bowman—. Sólo hemos coincidido en una como factible: usted, Ranko.

—Es una responsabilidad demasiado grande —fue su réplica—. ¿Y si fracaso?

—Entonces, todo se habrá perdido —suspiró Willoughby—. No puede fracasar, Ranko.

Simplemente eso: no podía fracasar. Pero él no era una máquina. Era humano. Claro que podía fracasar. Ahora mismo podía sucederle, irremisiblemente. Si era así, todo se habría perdido, como dijo el general. Absolutamente todo.

Siguió moviéndose por aquella zona pantanosa de la Louisiana donde se hallaba. Los conspiradores habían elegido ese lugar para encarcelar al Presidente, a la espera de controlar todos los puntos clave del país, para proclamar el nuevo Estado. Eso era cuestión de horas. Pero tenían que disponer para ello de la clave que pusiera en funcionamiento el arsenal militar y los medios de disuasión nuclear nacionales, clave que sólo una persona conocía en el mundo: el Presidente de los Estados Unidos.

Si él pronunciaba la frase o palabra clave, todo se habría perdido: el poderío militar norteamericano estaría en manos rebeldes. El golpe de Estado sería un hecho irreversible, con todas sus consecuencias. El país no podría enfrentarse a un arsenal atómico dispuesto a arrasar parte de los Estados Unidos si había resistencia civil o militar contra los nuevos mandos.

Por eso el Presidente tenía que ser torturado. Era preciso que hablase. El pentotal sódico no resultaría, porque un tratamiento especial impedía a que ese «suero de la verdad» actuase sobre la voluntad del Presidente de la nación, en previsión de situaciones límite como la actual. El era un hombre valiente, pero ¿quién puede soportar indefinidamente el dolor?

Ésa era la cuestión. Una línea abierta, de permanente contacto entre el campamento rebelde de Louisiana y la Casa Blanca,

controlada ahora por el sublevado teniente general Frankenheimer, emitiría de inmediato la clave a Washington. Y el complejo nuclear americano estaría en manos de los golpistas.

Ranko contempló el campamento con ojos helados, desde un altozano cubierto de espesura. Había llegado hasta allí gracias a confidencias obtenidas por agentes especiales de la CIA no alineados con los rebeldes. Los había aún, aunque eran escasos. Casi toda la CIA y el FBI estaban ya en manos de los sediciosos gracias a hombres situados en puestos clave a lo largo de los últimos años.

Ahora, sólo le faltaba rescatar al Presidente, evitar que pronunciase la palabra o la frase clave, fuese cual fuese. Era su misión. El general había sido duro y tajante en ese sentido al encomendarle la misión:

—Ranko, si ve que no puede rescatar con vida al Presidente…, ¡mátelo! Cualquier cosa será mejor que dejarle con vida para que revele esa clave a alguien. Mientras la palabra o frase que él conoce no sea introducida en el ordenador central de la Casa Blanca, no podrán tener en sus manos la fuerza disuasoria para que triunfe su golpe de Estado. ¿Comprende lo que está en juego? ¿Cree que le faltará valor para matar a su Presidente, llegado el caso?

Ranko había negado con la cabeza.

—Si debo hacerlo, lo haré —dijo sordamente—. Pero sólo como último recurso.

Y así estaba dispuesto a hacerlo. La vida del Presidente era preciosa, su libertad, también. Pero asimismo lo era, y mucho, su silencio. No había otra alternativa.

Se deslizó ladera abajo. Era como una sombra, no producía el menor ruido. Había aprendido a moverse así en Vietnam, luchando contra el Vietkong.

Llegó cerca de las alambradas. Sabía lo que le esperaba: valla electrificada, ojos electrónicos de alarma, mil y un sistemas sofisticados para impedirle llegar hasta su objetivo. Y luego, los hombres armados. Al menos había cuarenta o cincuenta allí, bien entrenados y mejor equipados.

Ranko sonrió en la sombra. Era la suya una sonrisa dura, helada. La sonrisa del que está dispuesto a matar… y a morir. La sonrisa que no entendía de piedad ni de rendición.

Luego, comenzó a actuar, con movimientos sigilosos, en un

silencio total, absoluto. Sus manos dejaron a un lado el fusil ametrallador, moviéndose diestras en el manejo de los útiles que había extraído de sus amplios bolsillos del uniforme de campaña. Depositó junto a las alambradas un artilugio que sepultó entre la blanda tierra, uniendo dos cables a los alambres electrificados, mediante el uso de unos guantes de caucho y un instrumento de plástico que no provocó descarga, aunque sí notó recorrer su cuerpo un calambre eléctrico intenso. Luego, situó otro mecanismo no lejos de los detectores electrónicos que formaban en torno al campamento una continuada red de invisibles líneas magnéticas. Se apartó a rastras, con un mando a distancia entre sus dedos. Cuando estuvo en el lugar adecuado, accionó uno de sus botones.

El sistema funcionó. Un leve chasquido se percibió en el tendido de alambradas. Nadie notó nada en el campamento, pero la electrificación había cesado. Luego pulsó el segundo botón. Una interferencia magnética se produjo en el sistema de ojos electrónicos de seguridad, sin accionar la alarma. Duraría unos quince minutos exactamente, al término de los cuales, electrificación y red electrónica recuperarían su funcionamiento normal, agotadas las baterías del mecanismo de interferencia.

—Listo —jadeó Ranko, con un suspiro de alivio—. Ahora podré entrar. Lo que está por ver es si podré salir con la misma facilidad. Sólo tengo disponible catorce minutos y cincuenta y dos segundos…

Volvió a deslizarse hacia la alambrada. Pasó bajo la misma. Aunque rozó los alambres no pasó nada. La carga de alta tensión no funcionaba ahora. Tampoco el sistema de alarma funcionó. Ranko se deslizó sobre el fango, ya en el interior del campamento rebelde. Se pegó a un barracón cuando vio aparecer a dos hombres uniformados, con boina militar, empuñando modernos subfusiles ametralladores. Eran parte de la guardia nocturna de servicio.

Pasaron junto a él, hablando entre sí en voz baja. Ranko les dejó pasar de largo, agazapado en la sombra. Luego, se incorporó, empuñando su terrorífico cuchillo de largas dimensiones y hoja dentada por un lado recta por el otro. La otra mano sostenía aún el fusil ametrallador, con el que dirigió un seco impacto contra el cráneo de uno de los vigilantes. Simultáneamente, hundió hasta la empuñadura su terrible arma blanca en la nuca del otro.

El primero se desplomó sordamente, con un seco crujido de su

cráneo. El segundo, boqueó, con la garganta reventada, saliendo el arma por su cuello, sobre la nuez, entre un raudal de sangre. No pudo gritar. Ni disparar su arma, porque Ranko le golpeó otra vez con el fusil en la cabeza, derribándole inconsciente y en la agonía.

Rápido, arrastró los dos cuerpos a la sombra, rematando fríamente al golpeado en primer término con una cuchillada que le cortó de oreja a oreja la garganta. Tenía que hacerlo. Era su vida o la de ellos.

Siguió adelante en silencio. Una edificación más grande que las otras ocupaba el centro del campamento. Había luz dentro. Debía de ser el cuartel general de los rebeldes de Louisiana. Si en algún lugar torturaban ahora al Presidente, tenía que ser allí sin duda alguna.

Y hacia allá, decidido, se encaminó Jerry Ranko.

CAPÍTULO II

Además de luz, también había guardianes armados. Era lógico, tratándose de un edificio importante dentro del campamento. Y si era realmente el cuartel general de los sediciosos, al menos en aquel destacamento aislado en Louisiana, tenía la suficiente importancia como para estar guardado por algo más que simples centinelas metralleta en ristre.

Pero ahora lo importante, lo inmediato, eran esos centinelas precisamente. Lo demás vendría luego.

Ranko gateó por el suelo hasta que la sombra del edificio le cubrió casi totalmente, se pegó al muro, en tensa espera. Un centinela apareció por una esquina. Y otro por la otra. Coincidirían ante él o poco menos, cruzándose para seguir dando vueltas en torno al barracón cuadrangular, ligeramente alargado.

Pensó con rapidez. Los dos le verían casi al mismo tiempo. No podía disparar, porque eso pondría en pie de guerra a todo el campamento, y aún no era el momento de armar semejante zafarrancho. De modo que recurrió a sus armas silenciosas, que eran dos: el tremendo cuchillo y una pistola automática provista de silenciador, y de pequeño calibre, que llevaba en un bolsillo de su pantalón de campaña. Se colgó sigilosamente el chato fusil ametrallador de su hombro, empuñando la pistola en vez del mismo. El tubo silenciador estaba siempre enroscado en tareas como aquélla. Con la otra mano, aferró fuertemente el mango de su hoja de acero dentada.

Esperó. Las pisadas rítmicas de los dos centinelas, golpeando con sus pesadas botas el barro, se acercaban por momentos. Sus sombras iban una al encuentro de otra, a paso marcial. Ranko sonrió como podría hacerlo una hiena. Apuntó con su pistola silenciosa a uno de

los soldados. Y al otro le vigiló con el rabillo del ojo cuando apretó el gatillo.

Un ahogado «¡plop!» fue todo lo que sonó en la noche. La bala se clavó en el cerebro del centinela, justo bajo su boina militar, dejándole seco. Cuando ocurre eso, no se puede gritar. Y no gritó. Se desplomó como fulminado, tambaleante, mientras su compañero, atónito, se disponía a hacer algo. Nunca lo hizo.

Ranko le lanzó el cuchillo con maestría consumada, como lo haría el lanzador de un circo. El arma penetró en su cuerpo vibrante, zumbando siniestramente. Fue como si se hundiera en una pella de manteca. Atravesó con un susurro la recia tela militar, encajándose hasta la empuñadura sobre el corazón del soldado, que debió partirse en dos como una nuez. Exhaló un ahogado jadeo, agitó los brazos, doblándose hacia adelante para golpear sordamente el suelo. Por fortuna, el barro amortiguó considerablemente el impacto.

Jerry respiró hondo, yendo impávido al cuerpo del caído. Le volvió de un puntapié, arrancándole el arma del cuerpo. Limpió la sangre en las ropas de la víctima, enfundando de nuevo el acero. Guardó la pistola silenciosa y recuperó su manejable fusil ametrallador, moviéndose pegado al muro de troncos como una sombra. Pronto estuvo ante la ventana única del edificio, pero que estaba con los postigos casi totalmente cerrados. Casi. Eso era algo que le satisfizo.

No se veía gran cosa a través de las rendijas de los postigos, la verdad. Pero Ranko pensó cómo resolver ese problema. Rebuscó en sus inacabables bolsillos del pantalón, hasta dar con lo que buscaba. Extrajo una especie de anteojos de vidrios circulares, muy pequeños, unidos a una banda de goma. Se los ajustó al rostro. Los vidrios coincidieron con sus pupilas. Volvió a mirar por la rendija. Eso era diferente ya.

Los vidrios poseían un juego bifocal que permitía no sólo ampliar la imagen como si de unos prismáticos se tratara, sino que además abrían el campo visual mediante un ingenioso juego de reflejos, a semejanza del periscopio de un submarino. Pudo ver con nitidez parte de una habitación alumbrada por una bombilla de fuerte voltaje.

Había reunidos en torno a una mesa varios militares de

graduación. Reconoció a uno de ellos: el comandante Siodmak, de Infantería de Marina. Era un pez gordo dentro de la rebelión totalitaria americana: Nada menos que el segundo del teniente general Frankenheimer. El traidor Nehemia Siodmak, exactamente. Había sido anteriormente afiliado a una célula comunista. Se purgó de eso hacía años. Pero luego se afilió a otra célula antiamericana, ésta de color neofascista. Un tipo consecuente con sus ideas, sin duda. Se ve que lo que le importaba realmente era luchar contra lo establecido, fuese como fuese, en uno u otro bando.

Estaban comentando algo en torno a un mapa extendido sobre el mueble. Pero también había algo más en la estancia: un hombre ligado al techo mediante unas correas de cuero, colgando de las muñecas unidas entre sí y atadas, con los pies en el aire. Estaba totalmente desnudo. Tenía pelo canoso, rostro noble, crispado por el dolor. Su pecho sangraba. Las uñas de sus pies, también.

Era el Presidente de los Estados Unidos. O había hablado, o aquello era una pausa, simplemente. Ranko extrajo otro adminículo de sus bolsillos, aplicándolo al muro como una ventosa. De inmediato, le llegó a un diminuto auricular, semejante al de los sordos, que llevaba encajado en su oreja derecha, el sonido del interior. Aquel objeto adosado al muro era una especie de pequeño micrófono direccional, perfeccionado por el Pentágono.

—… De modo que al amanecer comenzaremos el golpe propiamente dicho —estaba hablando el comandante Siodmak con su voz dura, seca, incisiva—. Para entonces, el Presidente habrá hablado, sin duda. Y dispondremos del control nuclear del país. Si existe resistencia, una carga atómica sobre el Pentágono y otra sobre el Capitolio de Washington les enfriarán los ánimos lo suficiente, provocando la rendición sin condiciones.

—No lo dude, comandante —habló un capitán de rostro pálido, sonrisa torcida, que a Ranko le recordó a los «malos» de la películas de propaganda bélica, en que los tipos de la Gestapo o de las SS eran siempre individuos con cara perversa—. El Presidente hablará antes de una hora. Sé lo que puede resistir la voluntad humana. Y la segunda parte del interrogatorio va a ser demasiado dura, incluso para él…

Hubo risas entre la oficialidad rebelde. Siodmak se puso serio otra vez, dando un leve golpe en la mesa con su fusta. Señaló al

cautivo.

—Creo que se está recuperando ya, capitán. Siga cuando quiera con él. Tenemos prisa. Si antes de las tres de la mañana tenemos la frase clave para controlar el ordenador central de los mandos atómicos de Washington, el golpe será un éxito. No conviene demorarse ni un minuto más.

—De acuerdo —el capitán miró críticamente al prisionero—. Vamos allá. En menos de treinta minutos creo que lograremos lo que buscamos.

—Pues adelante. Pero no se pase. Muerto, no nos serviría de nada.

—Descuide, señor —rió malignamente el capitán acercándose al Presidente—. Los hombres a quienes he torturado han vivido siempre muchas horas… para desgracia suya. Los prisioneros vietnamitas que pasaron por mis manos lo saben muy bien…

Ranko había visto y oído lo suficiente. Afuera, yacían dos centinelas sin vida. Hasta el relevo, nadie descubriría nada. Eso podía suceder en cualquier momento pero en su reloj de esfera luminosa eran las dos menos doce minutos. Seguramente hasta las dos, como mínimo, no se produciría el relevo. Tenía doce minutos por delante.

Pero sólo nueve y veinte segundos para que los cables volvieran a electrificarse y los ojos electrónicos a funcionar. De modo que había que darse prisa. Y se la dio.

Sabía lo suficiente sobre el barracón para arriesgarse. Si seguían torturando al Presidente, si éste pronunciaba, vencido por el dolor, la fatídica frase o palabra clave, bastarían unos segundos para retransmitirla por radio a Washington, al cuartel general sedicioso, controlado por el teniente general Frankenheimer. Y sería el fin.

Fue hacia la puerta. La sorpresa era fundamental en su golpe. Sacó de un bolsillo un huevo negro, metálico, opaco. Le arrancó la espoleta y lo depositó al pie de la puerta, retirándose atrás vivamente, para ocultarse tras la esquina del barracón, arma en ristre en una mano, la otra esgrimiendo el enorme cuchillo…

¡BOOOOOMMMMMM!

Fue como un volcán en erupción repentina. Saltó en pedazos parte del muro de troncos, junto con toda la puerta e incluso la ventana. La noche se llenó de ruido, de humo, de llamas. Raudo,

Jerry saltó hacia la puerta, en medio de la densa humareda, mientras volaban por el aire las pavesas de la explosión, con fragmentos de madera, vidrio e incluso algún cuerpo humano, sin duda próximo a la entrada, que se fue por los aires con todo lo demás.

La luz de la sala se extinguió, tras la explosión. La confusión dentro era enorme. Sonaban gritos, blasfemias destempladas. En alguna parte ululó una sirena de metálicos bramidos, mientras sonaban por doquier gritos, carreras, imprecaciones, Ranko penetró de un salto en la cabaña.

Su metralleta abrió fuego rabiosamente sobre el grupo de oficiales en torno a la mesa. Saltaron por el aire los cuerpos acribillados, antes de que supieran exactamente lo que sucedía. Un oficial intentó disparar sobre el Presidente, desenfundando una pistola. Ranko le pulverizó la cabeza con una ráfaga. Siodmak aulló, saltando hacia una salida posterior, mientras disparaba frenético contra el intruso, pidiendo a voces ayuda a sus hombres. Ranko le alcanzó con una de la balas que vomitaba su arma tableteante, lanzándole contra el muro, donde rebotó, con ojos desorbitados, mientras su guerrera se cubría de sangre. Rodó por el suelo con los demás.

—¡No tema, Presidente, ya le libero! —gritó el poderoso luchador, corriendo hacia el prisionero, a quien liberó de un solo tajo las muñecas.

Cayó el desdichado a tierra, incapaz de sostenerse en pie tras largo cautiverio en aquella postura. Se agitó, moviendo sus piernas anquilosadas, quejándose al tocar el suelo con sus pies ensangrentados, de uñas casi arrancadas de cuajo.

—No… puedo —jadeó—. Si ha venido a liberarme, máteme. Es la liberación, muchacho. Y usted escape, si aún es tiempo. Esto es un avispero de bichos venenosos… ¡Máteme, no debo hablar por nada del mundo!

—Lo sé, señor —afirmó Ranko enérgico, aferrándole con un brazo, tras enfundar su cuchillo, para alzarle como una pluma, gracias a la fortaleza de sus enormes músculos—. Pero si ha de morir, será conmigo. Vamos a salir vivos de este infierno, a poco que pueda, se lo prometo.

—¡No sé cómo! —gimió el Presidente—. Tienen al menos

sesenta hombres aquí, lo he oído decir… Y un verdadero arsenal, un polvorín repleto de armas, municiones y explosivos… ¡Pueden hacernos trizas en cuanto se lo propongan!

—¿De veras? ¿Sabe por casualidad dónde está ese polvorín? ¿Les oyó mencionarlo?

—Más que eso. Lo vi al ser trasladado aquí dentro. No se ocultaban en hablar delante mío, como sabían que no podía escapar… Es una cabaña cuadrada, justo frente a ésta, al lado norte, junto a un establo…

—Eso me basta —escuchó los gritos fuera, con dura sonrisa, llevando al Presidente en vilo, sin tocar el suelo—. Vamos allá, señor… y que Dios nos asista.

Salió a la puerta del barracón, aún humeante, abriendo fuego rabiosamente con su arma. El tableteo llano el claro. Y varios hombres que corrían arma en mano hacia el barracón, sin saber exactamente lo que sucedía, volaron por los aires, empujados por la ráfaga de balas del nuevo cargador que Ranko había encajado en su fusil ametrallador.

Le bastaba una mano, ciertamente, para manejar tan ligera y mortífera arma. Al menos ocho hombres saltaron por los aires hechos una criba sangrante. Los demás dispararon sobre ellos pero precipitadamente, mientras Ranko desaparecía con el rescatado tras la esquina del edificio humeante, a toda velocidad.

Les siguieron a paso de carga. Retumbaba el suelo fangoso bajo las botas de, al menos, una treintena de hombres.

—Nunca lo lograremos —se lamentó el Presidente—. Es imposible…

—Veremos, señor. Por favor, use una de sus manos. Saque de ese bolsillo que tiene a su lado una granada. Y tírela lo mejor que pueda hacia esa esquina que acabamos de dejar. ¡Deprisa!

El Presidente fue muy activo. Extrajo otro huevo metálico, que desmontó, tirándolo certero hacia la esquina del barracón, colgado como iba del brazo hercúleo de Ranko.

La granada cayó al suelo justamente cuando asomaban un pelotón de soldados armados. Pretendieron saltar atrás al ver lo que golpeaba el barro ante sus botas. Pero era tarde para eso.

Estalló la bomba de mano, abriéndose su fuego y metralla en abanico. Algunos cuerpos volaron por los aires, otros se desgarraron

en tierra, dispersando sus vísceras por doquier. Los que quedaban en pie en medio de la masacre, recibieron otra rociada del arma de Ranko.

Los ojos de éste, mientras, se fijaban en el barracón cuadrangular, herméticamente cerrado, junto a unos establos, en el que se veía a un centinela armado, que había montado su fusil al verles, empezando a disparar sobre ellos. Ranko le barrió de una ráfaga, lanzando su cuerpo contra el establo. Luego, sin desmontarla, arrojó una granada hacia el barracón cerrado, tras sujetar con sus dientes por un instante. La correa de su fusil ametrallador, que colgó de su boca el tiempo justo de lanzar la granada. Ésta rodó hasta caer cerca de la puerta del polvorín.

—¡No ha estallado! —gimió el Presidente—. ¡Olvidó quitarle el seguro!

—No diga tonterías, señor —rió huecamente Ranko—. Yo no olvido esas cosas. Pero si ahí dentro hay todo el explosivo que imagino, a esta distancia nos haría pedazos a todos. Tengo una idea mejor.

Se alejó hacia las alambradas del lado norte del campamento, haciendo funcionar incansablemente su fusil ametrallador para tener a raya a los enemigos, que se iban ya organizando y reagrupando. Cuando estuvo cerca de las alambradas del límite, miró al barracón donde dejara caer la granada. Distaba mucho de ellos, lo preciso para disparar ya, porque unas yardas más significaría que no daría alcance al blanco.

—Ahora entiendo —susurró el Presidente—. Creo que no podrá hacerlo. Ni siquiera se ve desde aquí la granada…

—Lo sé. Nadie haría blanco en ella de forma convencional, señor. Pero por algo hemos perfeccionado tanto el armamento en nuestro país, señor…

Y Ranko presionó el resorte de infrarrojos de su fusil ametrallador. Un delgado rayo de luz brotó de su punto de mira, enfocando al blanco. Ranko lo centró cuidadosamente en el negro huevo de acero que yacía en tierra, a pocos palmos del polvorín…

Cuando la roja línea luminosa tocó la granada, apretó el gatillo.

La bala alcanzó de lleno el óvalo de metal. Se produjo la explosión del artefacto. Y de inmediato, apenas su onda expansiva alcanzó los muros del barracón y fulminó su puerta, se produjo lo

demás.

Lo demás fue como si la tierra toda saltara en pedazos. Un alud de proyectiles, explosivos y toda clase de materias inflamables volaron por los aires, entre fragmentos del barracón. Alcanzados de lleno por la poderosa explosión, saltaron en mil pedazos los soldados, los *jeeps*, convertidos en bolas de fuego, y cuanto había en el campamento susceptible de hacerse añicos por simpatía.

Despavorido, el Presidente contempló la catástrofe, sin dar crédito a sus ojos. Miró con expresión atónita a su salvador.

—Dios… —musitó—. Lo ha conseguido, muchacho… ¿Quién diablos es usted? ¿Superman?

—No, señor —sonrió el hercúleo luchador—. Soy simplemente Ranko. Jerry Ranko, señor.

CAPÍTULO III

—… Y el resto fue sencillo. El helicóptero que me había llevado a Louisiana esperaba a dos o tres millas de allí, en los pantanos. Sobrevoló la zona para recogernos cuando el festejo había terminado y nadie nos perseguía ya. Ahora, aquí estamos de vuelta. Y el golpe de Estado se ha desplomado sin remedio, por suerte para todos…

Asintieron los senadores y militares leales a la Constitución. El Presidente, con sus pies vendados, sentado en una silla de ruedas, pálido, pero sereno, sonrió a su salvador, tendiéndole la mano.

—América le debe mucho este día, Ranko —elogió—. Sin usted, a estas horas todo el país estaría en estado de sitio, dominado por militares fanáticos y enloquecidos que sólo querían la dictadura y la guerra mundial. No sé cómo expresarle la gratitud de toda una nación. Y la mía en particular. Le debo tanto…

—No me debe nada, señor. —Jerry se mostraba incómodo ahora, moviendo su cuello dentro del uniforme militar impecable que volvía a vestir—. Soy solamente un americano más, un soldado leal a su patria y a sus principios. Lo cierto es que tuvimos suerte.

—Yo no le llamaría suerte a eso. Un hombre contra más de sesenta… y sale vencedor. Le propondré para la medalla del Congreso y…

—No, por favor, señor, eso no —pidió Jerry encarecidamente—. Honores, no. No van conmigo. Sólo me gusta la acción, tener que hacer. Empecé a detestar las condecoraciones cuando vi a muchos camaradas míos en Vietnam, regresando a casa en ataúd o con las piernas cortadas o los ojos ciegos, recibiendo medallas al heroísmo…

—Tal vez tenga razón. Hay cosas que ni las medallas ni el dinero

pueden premiar. Pero recuerde que tiene en mí a un verdadero amigo, Ranko.

—Gracias, señor. Eso me bastará. Por cierto, y ahora que ha cambiado la palabra clave del control nuclear, por lo que pudiera ocurrir… ¿podría decirme cuál era la palabra que antes hubiera podido poner en marcha las armas nucleares contra nuestro propio país, de ser conocida por los rebeldes?

—Claro —sonrió el Presidente—. Y era muy simple. De niño tuve una yaya a quien adoré, una mujer adorable que aún vive, hecha una ancianita encantadora. Se llamaba Sue, pero yo le llamé siempre «Susita». Ésa era la palabra clave, Ranko: «Susita». Sólo eso. Algo que nadie en el mundo, salvo, ella misma y yo sabíamos…

—Espero que esta vez sea tan buena la palabra como antes —sonrió Ranko—. No me gustaría saber que volvemos a peligrar por un puñado de locos fanáticos…

—Descuide. Ahora la clave son más de una palabra.

Y van encadenadas entre sí —dijo el Presidente—. Salvo que yo mismo las formule, es imposible que nadie lo sepa.

—Mejor así. Y la próxima vez procure que nadie le secuestre.

—Tomaré medidas especiales. No podía sospechar que Frankenheimer, un gran soldado de toda confianza, fuese un demente con sueños de poder, la verdad…

—Ah, por cierto, el comandante Siodmak no apareció entre los muertos del campamento —señaló un alto cargo militar del Pentágono—. Frankenheimer está ya en prisión, pero nadie sabe nada de Nehemiah Siodmak…

—Es raro. —Ranko arrugó el ceño—. Yo le abatí herido, lo recuerdo. Pensé que estaba muerto. Le vi caer dentro del barracón…

—Pues su cuerpo no apareció. Y eso nos preocupa. Es un sádico, un enfermo mental peligroso, cruel, capaz de todo…

—Daremos órdenes de buscarle sin cesar —terció el Presidente —. Ahora, dejen en paz al amigo Ranko. Ya hizo demasiado por todos nosotros…

Le estrecharon la mano cordialmente. Luego abandonó la Casa Blanca, desabrochándose la guerrera apenas se vio en su coche, partiendo Avenida de Pennsylvania abajo.

—Uf, no soporto estos uniformes tan bonitos —gruñó—. Me

siento mucho mejor en campaña, la verdad…

Cuando arribó al Aeropuerto Militar para partir en dirección nuevamente a su hogar, le sorprendió ver llegar a toda velocidad, haciendo sonar su sirena, un vehículo militar de matrícula especial. Lo reconoció en el acto.

—¡Cielos, es el general Willoughby otra vez! —murmuró—. Ese viejo zorro nunca viene a felicitarme por mis tareas… ¿Qué tripa se le habrá roto en esta ocasión?

Cuando Willoughby bajó del vehículo, su cara no era precisamente de felicitación. Avanzó rápido hacia él a través de la pista, agitados por el aire los faldones de su guerrera. Le saludó militarmente. Ranko respondió, tras arreglarse apresuradamente el cuello del uniforme, ante la mirada crítica del general.

—Hola, Ranko —saludó el viejo militar—. No pude estar en la Casa Blanca para felicitarle junto a los demás. Debe disculparme.

—Claro, señor. Está disculpado. No necesitaba venir a decírmelo hasta aquí…

—Nada de eso —cortó el general—. No he venido a eso, Ranko.

—Me lo estaba temiendo —gimió Jerry cerrando los ojos.

—Lo siento. Llamé a la Casa Blanca, pero usted ya se había marchado. Hablé con el Presidente en persona. Confía mucho en usted. Dice que es el mejor. Es todo un honor, ¿no?

—Claro, claro —le miró desconfiado—. ¿Adónde quiere ir a parar, señor?

—Qué diablos, Ranko, dejémonos de rodeos. Las cosas, como son. Le necesito de nuevo.

—No podía ser de otro modo. ¿Ni siquiera puede gozar de este fin de semana en casa, con mis…?

—Ni siquiera eso. Este fin de semana podría hacer volar por los aires el mundo entero, o poco menos. No puede irse a su casa, Ranko, lo siento. Claro que no puedo obligarle a que haga nada, pero de su patriotismo espero que…

—Sin rodeos, general, recuerde. ¿De qué se trata?

—Bueno, me temo que… que tiene que emprender el vuelo, sí. Pero no a Nueva York, sino a… al golfo Pérsico.

* * *

—¡El golfo Pérsico!

—Eso es. Una zona conflictiva donde las haya, Ranko…

—¿Y qué pinto yo allí? No se me ha perdido nada con eso del petróleo…

—No se trata de petróleo esta vez, sino de una sustancia muy diferente, Ranko.

—¿Una sustancia? ¿Cuál?

—No tiene nombre oficial todavía. Se la llama en lenguaje cifrado simplemente «gas». Los rusos prefieren llamarla «vodka». A veces tienen sentido del humor.

—«Gas», «vodka»… No le veo la gracia al chiste por ninguna parte.

—Es que no la tiene. Ni siquiera es un chiste, maldita sea —el rostro de Willoughby reflejó angustia, contrariedad. Meneó la cabeza de un lado a otro—. Si esa sustancia es liberada, estamos perdidos. El mundo entero podría perecer sin remedio.

—Pues sí, verdaderamente no es ningún chiste. ¿Es un nuevo invento soviético?

—Cielos, ni siquiera eso. Los rusos están asustados como nosotros. Vamos a trabajar juntos en esto. Moscú ya sabe que estamos buscando al hombre idóneo. Ellos también buscan al suyo a toda prisa. Se encontrarán en el golfo Pérsico los dos, él y usted.

—No entiendo nada, general.

—Es muy simple en el fondo: ¿ha oído hablar del golpe de Estado en el Emirato de Kumán?

—Claro. Leo los periódicos de vez en cuando —bromeó Ranko—. De eso hace un mes, general. Derribaron a un gobierno amigo de los Estados Unidos, el del jeque Hassid. Ahora manda allí el ayatoláh Isham Ahrad, puesto que fue una revolución chiíta la que derrocó a Hassid, cambiando el curso político del emirato.

—¿Y bien…?

—En ese pequeño Emirato de Kumán, en el Golfo Pérsico, está la clave de todo. Allí tienen ahora secuestrados a seis hombres. Tres americanos y tres soviéticos. Ellos lo niegan oficialmente, pero la CIA como la KGB y el MI5 británico, saben que eso es cierto y que ellos mienten.

—¿Quiénes son esos seis hombres? ¿Espías?

—No. Forman el llamado Grupo de Control de la Comisión Mixta de Cooperación para el Control de Armas Bacteriológicas, o

GCCMCCA.

—¡Qué complicado! ¿Y eso qué significa en concreto?

—Que son seis científicos, nombrados por ambos países para, de común acuerdo, investigar en el terreno de la guerra bacteriológica, en evitación de riesgos innecesarios. Cualquier experimento americano, soviético o de cualquier otro país que ellos detecten, pasa a su control inmediato. Últimamente, agentes del MI5 inglés y del Servicio Secreto ruso, detectaron experimentos de ese tipo en el Tíbet, por parte de China o, cuando menos, de un organismo chino que trabaja clandestinamente en la materia, tal vez con la total ignorancia de Pekín. Pero el experimento era lo bastante grave como para ponernos a todos en estado de alerta.

—¿De qué se trataba?

—De un gas incoloro, inodoro e insípido, primero en estado líquido, que al contacto con el aire se gasifica, extendiéndose rápidamente por sí mismo, o impulsado por la más leve brisa. El gas mantiene sus propiedades mortíferas durante semanas enteras, expandiéndose de forma fulminante. Una carga de ese gas, no mayor que la que cabría en un bidón de petróleo, puede aniquilar la vida humana y animal en toda la India, pongamos por caso. Imagine lo que sería producir centenares de bidones de ese maldito gas.

—¿Y qué se puede hacer para evitarlo?

—Los seis científicos americanos y rusos, con la ayuda de unos agentes británicos en el Tíbet y de un confidente chino, han logrado despojar a los investigadores chinos no sólo de su fórmula, sino de una muestra de ese gas, escapando del país rápidamente en un vuelo secreto.

—Vaya aventura…

—Su misión, además de obtener la sustancia, que repito, nosotros llamamos «gas» en clave, y los soviéticos «vodka», por ser originalmente un líquido incoloro, consiste en investigarla y luego destruir todo ello. Pero la desgracia se ha cebado en ellos y en nosotros. Su avión fue desviado por unos cazas de Kumán, al sobrevolar por error territorio Kumaní en el regreso a una base secreta de investigación del programa de cooperación mutua ruso-americano, siendo internados todos los científicos en ese emirato. El ayatoláh Isham Ahrad afirma que sólo hicieron escala técnica allí,

partiendo de nuevo tras reparar su avería, con lo que sugieren que lo que fuese, su desaparición y la del avión que les transportaba, fue cosa posterior, fuera de territorio Kumaní.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que temen exactamente?

—El ayatoláh Isham es un fanático religioso que ambiciona poder, mucho más poder del que tiene. Sabe que ni nosotros ni la URSS apoyan su régimen ni sus planes para el golfo Pérsico, por lo que, a no dudar, con la ayuda de alguna otra potencia o de una organización internacional, ha descubierto lo relativo al «gas», y está dispuesto a jugar fuerte. Si tiene en su poder la muestra y la fórmula, así como a seis científicos capaces de trabajar en su elaboración bajo amenaza de muerte, el mundo entero peligra seriamente. Es un arma devastadora, terrorífica, que podría significar para ese loco su pretendido poderío futuro, bastado en el terror mundial.

—Pues sí que es buena la situación. ¿Y qué puedo hacer yo frente a todo un país, su ejército, su poderío militar y un ayatoláh chiflado?

—No lo sé. Pero si alguien puede hacerlo, ese alguien se llama Jerry Ranko. No le estoy pidiendo que acabe con el régimen de Isham ni que derrote usted sólo a todo su ejército. Sólo quiero que rescate a esos seis hombres, consiguiendo destruir cuanto «gas» hayan podido elaborar, así como las muestras y la fórmula y, a ser posible, las instalaciones kumaníes montadas al efecto.

—Y, de paso, felicito las navidades al ayatoláh —bromeó sordamente Ranko—. ¿Cómo diablos puedo entrar en ese país sin despertar sospechas? Todo americano que pise Kumán será vigilado de inmediato…

—Peor que eso. Los americanos *no pueden* pisar Kumán. Hemos roto relaciones diplomáticas mientras usted peleaba en Louisiana con esos traidores. Se ha evacuado a toda la población civil americana del emirato. Como ve, la situación no puede ser más difícil.

—Yo hablo ruso. Podría pasar por un soviético, en todo caso…

—Negativo. Tampoco la URSS es bien vista allí. Sólo queda la legación rusa en Qabur, la capital. Y sus ciudadanos son estrechamente controlados. El agente que envíen ellos para reunirse con usted será alguien que no despierte sospechas, que ni siquiera

parezca un ruso…

—¿Y cómo diablos entro allí, entonces?

—Como vendedor de alfombras persas.

—¿Qué? —Miró incrédulo al general, que sonreía.

—Sabemos que conoce bien la lengua árabe. Es moreno, ojos oscuros. Puede disfrazarse adecuadamente, Ranko. Y vender en Kumán alfombras y tapices persas. Así paseará por Qabur, en cuanto llegue al país en un vuelo secreto, del que descenderá en paracaídas en una zona desértica, no lejos de la capital… El resto, es asunto suyo, naturalmente.

—Y… ¿Y cómo entablaré contacto con el agente soviético?

—Él sabrá que usted es el vendedor de alfombras persas Namak. Es suficiente. Se dará a conocer por sí mismo. Las palabras clave para identificarse con usted serán éstas: «El vodka es mejor que el gas». Eso será todo. Usted responderá: «Para mí, el gas es igual que el vodka». ¿De acuerdo?

—¡Qué remedio! —suspiró Ranko—. Supongo que no tendría objeto negarme a esa locura, general.

—¿Negarse? —El general Willoughby rió, mirándole curioso—. ¿Seguro que usted se negaría a algo así, Ranko?

—No, me temo que no. —Jerry meneó la cabeza—. Debo de estar loco o ser idiota, general, pero no me negaría nunca a algo tan divertido como promete ser esto…

—Lo sabía, muchacho, lo sabía —suspiró el general, apoyando su mano en el hombro del hercúleo joven—. Ranko no existe más que uno…, por suerte para el mundo.

—Amén —gruñó Jerry sarcástico, soltándose de nuevo el cuello de su uniforme.

CAPÍTULO IV

Vender alfombras y tapices persas en Qabur, capital del emirato árabe de Kumán, era como intentar vender a los americanos chicle y hamburguesas. Pronto descubrió Ranko que la gente en aquel país no estaba de humor para decorar su casa con productos vecinos, pero como en los mercados eran docenas lo que vendían aquellas mismas mercaderías, nadie se fijaba demasiado en él.

Agazapado para disimular su poderosa estatura, envuelto en los amplios pliegues de su chilaba, tocado con el tradicional velo árabe sujeto por cordones negros, Jerry Ranko era casi un árabe, dado el color bronce oscuro de su tez, el tono casi negro de sus centelleantes ojos y su excelente árabe, aprendido en su adolescencia, cuando su padre era diplomático en Beirut y en Bagdad.

Siempre había tenido facilidad para los idiomas, por eso aprendió los dialectos vietnamitas durante la desdichada campaña de Indochina, así como muchas otras lenguas de los países por él visitados, entre ellos el japonés y el coreano.

Claro que hablaba lo justo para no delatarse, voceando sus mercancías como hacían los demás, por el amplio mercado de Qabur. Observaba de reojo a los numerosos soldados que patrullaban por las calles arma en ristre, así como a los numerosos religiosos chiítas que se movían por la ciudad como amos y señores de la misma, tras el derrocamiento del jeque Hassid a manos de la revolución pro-iraní, encabezada por el todopoderoso ayatoláh Isham Ahrad, actual gobernante del emirato.

El estado de sitio en la capital era absolutamente rígido. Por fortuna, sus documentos de ciudadano iraní estaban en toda regla, aunque fuesen más falsos que el beso de Judas. Bajo la chilaba

llevaba algún arma ligera, pero todo su arsenal estaba oculto en unos establos de la ciudad, no lejos del mercado. Allí también tenía un caballo propio, un alazán árabe de soberbia estampa, por lo que pudiera pasar.

No había entablado todavía relación directa con nadie que pudiera ser el agente soviético en Kumán. Tal vez, pensaba, los rusos tenían problemas para infiltrar a su hombre en el emirato. O quizás el agente esperaba el momento más oportuno, pese a que Ranko llevaba ya cuatro días en la capital, vendiendo sus alfombras y tapices.

Este día, las cosas se pusieron feas repentinamente. En plena hora de más afluencia al mercado, sonaron unas explosiones cercanas. Luego, empezaron a surgir soldados por todas partes, se percibió el tableteo de ametralladoras, y aparecieron huyendo, procedente de una calle cercana, un grupo de árabes armados de pistolas automáticas.

Los gritos en lengua kumaní atronaron la plaza. Los soldados abrieron fuego sobre los árabes fugitivos. Éstos replicaron al fuego, abatiendo a dos soldados, pero pronto fueron acribillados a ráfagas de metralleta contra los blancos muros encalados, que se cubrieron de salpicaduras de sangre.

Las mujeres kumaníes, con el rostro cubierto como mandaban los ayatoláhs en cumplimiento rígido de los ritos musulmanes, corrían de un lado a otro, chillando despavoridas. Varios puestos de frutas y verduras se volcaron aparatosamente, empujados sin contemplaciones por los soldados. Los vendedores ambulantes se dispersaron, Ranko entre ellos, como uno más, con sus alfombras y tapices colgados de los brazos.

De repente, vio que uno de los vendedores situado cerca de él, era abatido por el fuego de una metralleta militar. Le vio rodar por el suelo, vomitando sangre, con el pecho destrozado. Perplejo, se volvió hacia los soldados, que estaban rodeando amenazadores a otro vendedor, encañonándole con sus armas. Algo de todo aquello no le gustó.

—¿Por qué buscan a los vendedores de alfombras, precisamente? —pensó con una roja luz de alerta encendida en su cerebro.

Se metió rápidamente en un callejón angosto, por cuyo suelo corría un canalillo de agua sucia de un desagüe. Los muros blancos

se elevaban a ambos lados, casi pegados entre sí.

De repente, dos soldados aparecieron ante él. Le cubrían con sus metralletas.

—¡Identifícate, pronto! —le gritaron en lengua árabe—. ¡Hazlo o disparamos!

Ranko buscó sus documentos falsos, temiendo lo peor. Que había habido un sabotaje, parecía indudable, tal vez por parte de partidarios del jeque depuesto o por enemigos de los chiítas en el poder. Pero que buscasen tan denodadamente a los pacíficos vendedores de alfombras, sólo podía significar una cosa: que *sabían* que había un espía extranjero disfrazado de tal.

Y ése espía, de momento, sólo podía ser él.

Sacó sus papeles, que puso ante los soldados. Uno de éstos los examinó, mientras el otro le encañonaba con su arma.

—Esto es falso —dijo el soldado que los leía—. Tú eres el espía que buscamos.

Sus sospechas, desgraciadamente, eran ciertas. Ranko lo sabía de antemano. Por eso ahora, bajo las alfombras, su otra mano empuñaba una liviana pistola ametralladora, presta a abrir fuego.

—No sé de qué habláis —protestó en árabe—. Mis documentos están en regla, soy de Teherán…

—Calla, farsante —bramó el soldado—. Ven con nosotros. Si te resistes, tenemos orden de matarte…

Claro que iba a resistirse. No le gustaba entregarse, a menos que no hubiera ni una sola alternativa más.

Y para él, aún la había.

Apretó el gatillo bajo las alfombras, dando a su brazo un movimiento horizontal, en abanico. Las balas perforaron las alfombras, alcanzando a quemarropa casi a los dos soldados kumaníes, que saltaron atrás, con ojos desorbitados, con sus pechos perforados. La muerte fue instantánea, no pudieron disparar contra él. Pero los disparos habían alertado a unos soldados de la plaza. Vio asomar tres o cuatro caras a su espalda. Hubo estampidos y voces. Algunos proyectiles silbaron cerca de él.

Tiró las alfombras, corriendo a saltos, de pared en pared, para evitar ser blanco más fácil, ya que era casi imposible correr en zigzag en aquel callejón tan estrecho.

Las cabezas de los soldados se retiraron, pero asomaron unas

manos, vaciando metralletas sobre él. Los muros de cal se cubrieron de desconchados. De repente, otro grupo de soldados asomó por el lado opuesto del callejón, enfilándole con sus armas.

—¡Aquí, pronto! —Sonó una voz apagada, en perfecto inglés.

Miró, apurado, hacia el origen de esa voz providencial. Vio una celosía abierta, sobre su cabeza. De ella cayó un cable de acero, provisto de una pesa para mantenerlo rígido. Se encaramó a él con rapidez, usando ambos brazos para reptar, pero disparando con una sola mano su metralleta sobre los soldados. Las balas zumbaban cada vez más cerca. Una rebotó en la goma de sus botas bajo la chilaba, otra le perforó el vuelo de la prenda árabe, rozándole con un contacto candente.

Al llegar a la celosía, se vio de cara con una mujer de rostro velado a la usanza árabe. Tenía ojos negros y piel broncínea. Le apremió:

—¡Adentro, pronto, o le convertirán en un colador! ¡Entre! ¡Tenemos que salir de aquí cuanto antes, han descubierto su disfraz!

—Eso ya lo sé —rezongó Ranko, saltando al interior del edificio, perseguido por las balas—. ¿Quién diablos es usted?

—No hay tiempo para eso ahora. Sígame. Tenemos sólo una escapatoria.

Cruzó con ella una sala desierta, bajó una angosta escalera hasta un pequeño patio embaldosado, con una rumorosa fuente en su centro. La mujer de amplias ropas oscuras y rostro tapado hasta los ojos, corrió a esa fuente. Tocó un punto, cerrando el chorro de agua. Automáticamente, la base de la fuente se deslizó, dejando ver una especie de alcantarilla por la que se perdía el tubo de conducción del agua. Era lo bastante amplia para pasar un cuerpo humano.

—¡Abajo! —indicó la desconocida—. ¡No nos sobra tiempo!

Era cierto. Sonaba tableteo de ametralladoras en la puerta de la casa, que empezaba a ceder. Penetró rápido por el hueco. Ella le siguió. Una vez dentro, pulsó la mujer otro resorte. La fuente se cerró sobre ellos como tapa de la alcantarilla. Oyó manar agua nuevamente.

—Cuando encuentren esta salida espero que estemos lejos de ellos —sonó ahogada la voz de la desconocida—. Apresurémonos.

Caminaban agazapados, rápidamente, por un corredor

subterráneo, oscuro y húmedo, que parecía una cloaca, aunque no olía mal. Ranko quiso saber algo durante la marcha:

—¿Quién demonios es usted? ¿Por qué ha hecho esto?

La respuesta fue breve. Y expresiva:

—«El vodka es mejor que el gas».

—¡Diablos! ¡Se supone que es un hombre quien tenía que esperarme aquí! —rezongó Ranko—. ¿A qué viene esto?

—La respuesta, pronto. O le mato —silabeó a su espalda la mujer.

Se volvió. Había un leve reflejo de alguna parte. Lo suficiente para ver a su compañera de fuga. Empuñaba una pistola con silenciador, encañonándole recelosa.

—Espere, espere. —Ranko alzó una mano, conciliador—. «Para mí, el gas es igual que el vodka». ¿Está bien así?

—Mucho mejor —asintió ella, ocultando el arma entre sus negras ropas—. Soy Vania Dubronski. Mi nombre es igual para hombre o para mujer. Pero como ve, mi sexo es femenino.

—Sí, me he dado cuenta de eso. ¿Es que los rusos ahora contratan mujeres para esta clase de trabajos?

—Siempre lo han hecho —rió ella—. Valemos tanto o más que los hombres, no sea machista, Ranko.

—Veo que no necesito decirle mi nombre…

—No, mi información era más completa que la suya.

—También ha demostrado ser muy oportuna. De no mediar usted, ahora quizás estaría muerto en ese callejón…

—No lo creo. Ha salido de trances peores, ¿no es cierto? Pero vale más que sea así. Si llega a caer en manos del ayatoláh Isham, lo iba a pasar mal.

—Lo supongo. ¿Qué es lo que ha ocurrido hoy junto al mercado?

—Los grupos de resistencia a los chiítas, leales al jeque Hassid, volaron un depósito de armamento militar. Les han cosido a balazos, ya lo vio. Es la única lengua que habla el régimen actual con sus opositores.

—Ya. ¿Sabe algo de los secuestrados?

—Poco más o menos lo que sabía antes de llegar a este país. Están prisioneros en algún lugar seguro, forzados a trabajar en esa maldita fórmula para fabricar el gas letal. Me temo que ésta sea una carrera contra reloj, Ranko.

El asintió sin pronunciar palabra. Habían llegado ante un acceso sobre sus cabezas que daba al exterior. De ahí provenía la claridad que antes le permitiera ver la actitud decidida de su compañera Vania. Miró a lo alto.

—¿Salimos por ahí? —indagó.

—Así es. Nos espera un vehículo para llevarnos a lugar seguro. Sólo tenemos un aliado árabe en el emirato: es Jabrid, el que conduce el vehículo. Bueno, contamos con la cooperación de los resistentes, pero de ellos, de momento, poco podemos esperar. Tendremos que valérnoslas por nosotros mismos, Ranko.

—Eso pienso yo también, camarada Dubronski —bromeó Jerry.

—Llámame mejor Vania. Me gusta más.

—Y a mí Jerry, ¿vale?

—Vale, Jerry. Arriba, no perdamos tiempo.

—Tengo mi armamento y un caballo en unos establos…

—Sé cuáles son, le vi esta mañana allí. Ya iremos en otra ocasión, cuando sea de noche y se haya pasado el revuelo de lo sucedido.

Salieron a otro patio más grande que el anterior, donde había aparcado un coche furgón con rótulos en árabe. Ranko los leyó. Era un vehículo para transportar material eléctrico, perteneciente, al parecer, a un establecimiento del género en Qabur. Un joven árabe, sentado al volante, les animó con un brazo al verles asomar.

—¡Deprisa, deprisa! —susurró en inglés—. La ciudad anda revuelta…

Subieron a la furgoneta cerrando las puertas por dentro. El vehículo arrancó. Había allí toda clase de material eléctrico, desde cables a bombillas, pasando por baterías, cinta aislante e incluso cajas con utensilios. Tras todo eso, había una trampilla que Vania abrió en el suelo, mostrando un hueco donde cabían fácilmente dos personas.

—Si detienen el coche para registrarlo, nos meteremos aquí —señaló ella—. Tiene rendijas al exterior para respirar. Y es difícil de descubrir.

Asintió Ranko, admirado por los recursos de su nueva compañera. Ella se quitó el velo, dejando ver un atractivo rostro. El color oscuro era maquillaje. Y al quitarse unas lentillas de sus ojos, reveló que éstos no eran negros, sino azules.

—Yo no puedo hacer lo mismo —rió Jerry—. Soy moreno realmente. Y tengo los ojos negros. Mi padre era polaco, pero mi madre era italiana, ¿sabe? De Nápoles.

—Bueno mezcla —rió ella burlonamente—. Mi padre era georgiano. Y mi madre ucraniana. Como ve, casi todo queda en casa. Incluso mis abuelos eran de Siberia.

—Pura sangre rusa —sonrió Ranko, sentándose mientras el coche parecía ir a buena velocidad, dando fuertes sacudidas en los baches del camino—. ¿Adónde vamos ahora, Vania?

—A un lugar seguro donde esperar acontecimientos.

—¿Tenemos tiempo de esperar realmente?

—No mucho, pero no nos queda otro remedio. Jabrid tiene buenos amigos. Uno de ellos ha de traernos un informe precioso en las próximas horas: el ayatoláh Isham Ahrad y su primer ministro, Turaf Bahdar, van a emprender un viaje fuera de la capital. Nos dirán adónde van exactamente.

—¿Y qué interés tiene para nosotros ese informe de los viajes de ambos?

—Muchísimo. Sabemos que van a visitar en su recorrido las instalaciones secretas donde se elabora el gas letal por los seis científicos secuestrados, bajo el control del ayatoláh.

—Eso suena demasiado fácil, ¿no cree?

—Pero es así. Naturalmente, no van sólo a ese lugar, sino en un recorrido de carácter político y militar. Pero se detendrán en el sitio donde se organiza ahora la obtención de ese producto fatídico. Eso es lo que nos importa a nosotros.

—¿Podremos seguirles?

—Lo intentaremos, pero no como un vendedor de alfombras y una recatada dama kumaní, desde luego. Habrá que buscar otro procedimiento. Dicen que en eso es usted un genio, Jerry.

—Intentaré estar a la altura de las circunstancias cuando llegue el momento —prometió Ranko.

En ese momento, el coche se detuvo con un chirrido de frenos. Sonaron voces fuera. Al volante, Jabrid empezó a canturrear una letanía en árabe con tono distraído. Vania tomó del brazo bruscamente a su compañero.

—¡Al escondrijo, pronto! —jadeó—. ¡Es el aviso de Jabrid, van a registrar la furgoneta!

Rápidamente se ocultaron en el lugar señalado anteriormente, para esperar acontecimientos. No tardó mucho en abrirse la puerta de atrás, escuchándose los pasos y voces de los soldados en el interior de la furgoneta comercial, en busca de los que allí podían hallarse ocultos. Al no hallar nada especial en todo el vehículo, pese a que se les escuchaba registrando de forma brutal, derribando a su paso cuanto encontraban, al final parecieron darse por vencidos. Ranko les oyó vocear airadamente, gritando obscenidades a Jabrid, quien les respondió con parecido tono sin inmutarse demasiado. Un seco portazo señaló el final de la infructuosa búsqueda.

—Creo que se han marchado —susurró Vania en tono ahogado.

—Sí, eso parece —admitió con alivio Ranko.

El vehículo se puso en marcha rápidamente, partiendo de allí a toda prisa sin esperar más. Vania abrió la trampilla, saliendo ambos jóvenes del interior con un suspiro de satisfacción. Jabrid volaba nuevamente por las angostas calles de la ciudad.

—¿Y ahora qué nuevos problemas tendremos en esta maldita ciudad? —se lamentó amargamente Ranko frunciendo el ceño.

—Espero que ninguno —sonrió Vania suavemente apretándole cordialmente un brazo—. Nos dirigimos a un lugar donde estaremos momentáneamente a salvo de cualquier problema momentáneo, Jerry.

—Menos mal. Eso, cuando menos, nos dará a ambos un respiro.

—Lo cierto es que el tiempo no nos sobra, ni mucho menos. Debemos ir deprisa si queremos evitar que esa gente consiga sus propósitos de obtener el maldito gas letal.

—Lo sé, Vania. Hay demasiadas cosas en juego en todo esto. ¿Qué es lo que ha podido averiguar respecto a la marcha de sus esfuerzos por obtener el producto mortífero que los investigadores de nuestros países sacaron del Tíbet?

—Poco o nada, desgraciadamente. Rumores hay muchos, pero ninguno de fiar absolutamente. Dé todos modos, me temo que estamos perdiendo un tiempo precioso, mientras ellos siguen obteniendo ventajas en su esfuerzo por elaborar cantidades suficientes del gas asesino como para destruir medio mundo antes de que nos demos cuenta siquiera.

—Bueno, no nos torturemos en vano, amiga mía. No nos es posible hacer más de lo que hemos hecho hasta ahora. Ni de lo poco

que estamos haciendo ahora, lamentablemente.

El coche seguía su marcha por las calles de Qabur, sin que pareciera haber más problemas, pese, a los numerosos controles que parecía haber en la ciudad, y que Jabrid iba salvando con admirable paciencia y control de sí mismo.

Finalmente, entraron en alguna parte, porque un portón sonó tras ellos, y Jabrid frenó un momento más tarde su coche comercial.

—Ya pueden salir, amigos —dijo en inglés, abriendo la puerta, con una blanca sonrisa en su moreno rostro—. Hemos salvado lo peor, imagino.

—Ojalá sea así, muchacho —sonrió Ranko—. No me gustaría caer en manos de esa gentuza que anda tras de nosotros.

Salieron del coche, encaminándose por un amplio local, parecido a un garaje, donde Jabrid había aparcado la furgoneta, hasta una puerta lateral que señaló Vania al descender del vehículo. Por ella, llegaron a otra estancia donde se hallaba una escalera angosta que descendía a un sótano. Vania precedía a Ranko por el camino.

—Es un lugar seguro —explicó con rapidez—. Aquí esperaremos noticias de muestro informante.

—¿Es persona de confianza?

—Totalmente, sí. No tenemos otro en quien confiar, además.

—Supongo que es toda una razón de peso para tener que esperar lo que él nos diga.

—Evidentemente, Jerry. No hay otra solución. No desconfíe de todo el mundo, por favor.

—He aprendido en mi vida a no tener más que una persona de mi entera confianza.

—¿Quién?

—Yo mismo —aseveró fríamente Ranko.

Ella le miró sin comentar nada, salvo esbozar en su rostro una leve sonrisa.

—Ya hemos llegado a nuestro momentáneo destino —dijo Vania abriendo una puerta en el final de la escalera—. Adelante, señor desconfiado.

Ranko entró sin comentar nada en absoluto.

Echó una ojeada en torno, advirtiendo que el lugar parecía confortable, dentro de lo que se podía esperar de un simple refugio

de emergencia como aquél en que se encontraban ahora. Se dejó caer en un asiento mullido, resoplando:

—¿Cuánto tiempo hemos de permanecer aquí metidos?

—Eso depende. No creo que mucho más de unas horas, si todo va bien.

—Entonces, será mejor que nos acomodemos lo más relajantemente posible, ¿no le parece?

—Es lo que pienso hacer —asintió Vania.

Poco después, el servicial y eficiente Jabrid aparecía con alimentos y bebidas para ambos. Pudieron relajarse durante unas horas, tras haber saciado su sed y su apetito. Después, Vania extendió un mapa del país sobre la mesa, estudiando la geografía de Kumán atentamente. Ranko se situó a su lado.

—¿Qué es lo que trata de calcular? —quiso saber el americano.

—Los lugares que posiblemente visite el ayatoláh Isham. Éste es un país pequeño, no puede haber demasiadas opciones para su inminente viaje. Estoy casi segura de que visitará entre otros lugares la ciudad de Mahbar.

—¿Por qué precisamente Mahbar? Es una ciudad costera del Golfo…

—Es muy simple. En ese lugar tiene su principal oleoducto y refinería petrolífera. Este país vive de ese producto principalmente, como casi todos los del Golfo. Y en Mahbar hay un ambiente hostil al nuevo régimen entre los trabajadores y técnicos de la refinería. Dicen que quiere sofocar personalmente esa posible revuelta para evitar males mayores.

—Entiendo. ¿Cree que la base secreta de experimentación pueda estar en esa zona?

—Sinceramente no puedo saberlo, pero no creo que sea así, porque esa comarca es una región demasiado frecuentada como para que en ella sitúen una instalación tan compleja y delicada.

—De modo que no sabemos absolutamente nada de nada, dicho de forma clara —suspiró Ranko con el ceño fruncido.

—Usted pone las cosas bastante peor de lo que son —objetó ella algo seca, mirándole con sus ojos azules cargados de reproches ligeramente hostiles.

—Lo siento. Acostumbro a no pecar por exceso de optimismo, Vania. Es mi modo de ser, le guste o no.

Ella no comentó nada en ese momento. Se estaba despojando de sus ropas negras de mujer árabe sometida a los rigores islámicos. Debajo aparecía una figura esbelta, atractiva, de formas juveniles, cubierta con una especie de malla negra totalmente, como si fuese una danzarina de *ballet* durante las clases de gimnasia rítmica.

Ranko no pareció impresionarse por sus suaves curvas ni tan siquiera por la arrogancia de sus jóvenes pechos erectos, dibujados nítidamente por el negro tejido. En vez de eso, desvió la mirada hacia las herméticas paredes de su refugio subterráneo, con aire pensativo. Vania se puso a hacer ejercicios tras dirigirle una ojeada pensativa.

—¿Eso forma parte de su método cotidiano? —indagó él con indiferencia.

—Sí. Conviene no perder nunca la agilidad. ¿Usted no entrena esos músculos? Parece un culturista de esos que aparecen en los concursos.

—Nunca lo he sido. Simplemente, me entreno cotidianamente, como usted hace. Pero cuando nadie me ve. Suelo hacerlo totalmente desnudo.

—Si quiere hacerlo delante mío, no se abstenga —rió ella suavemente sin dejar de ejercitar su elástica figura—. El desnudo masculino no me escandaliza.

—No es mi hora de ejercicios, sencillamente. Yo no suelo llevar malla bajo mis ropas.

—Ya lo veo. A veces, yo tampoco —dijo Vania.

Y se quitó con toda naturalidad su malla negra, quedándose ante Ranko totalmente desnuda. Luego, siguió sus ejercicios como si tal cosa. Ranko, tras una ojeada a su desnudez broncínea, perfectamente atlética pero sin perder un ápice de feminidad en sus formas, siguió con la mirada ausente. Vania pareció molesta.

—¿No le gustan las mujeres, Jerry? —se interesó sin dejar de ejercitarse.

—Claro. Como a todos los hombres. No soy homosexual, si se refiere a eso. Ni tampoco un misógino. Pero cuando tengo un trabajo que hacer, prescindo de mis gustos sexuales cuanto puedo. Es peligroso mezclar la obligación con los placeres, sobre todo con los de la carne o del alcohol. Los hombres suelen fracasar en sus empeños o venderse al enemigo sin darse cuenta cuando les ciega la

bebida o el deseo por una buena hembra.

—Es un hombre sumamente prudente, ¿no?

—Sí. Por eso sigo con vida, supongo —admitió Ranko calmosamente.

En ese momento, se abrió la puerta. Jabrid asomó de nuevo, dirigió una mirada de asombro a Vania, recorriendo su desnudez con ojos saltones, pero terminó por decir, tras tragar saliva, sin que ella se inmutase en el desarrollo de sus ejercicios a la vista del árabe:

—Ya ha llegado nuestro informador. ¿Le hago pasar?

—Sí, deprisa —asintió Vania, cubriéndose rápidamente con sus negros ropajes de mujer árabe—. Se adelanta a lo previsto… Ojalá sea para bien.

Jabrid salió unos instantes, para volver con un nuevo personaje que se quedó en el umbral, mirando primero a Vania, para después dirigir una desconfiada ojeada a Ranko.

—Adelante —invitó ella—. Es un amigo americano. Está en esto con nosotros.

El recién llegado no dijo nada, limitándose a escudriñar a Ranko, mientras éste hacía lo mismo con él.

Era un árabe de aspecto majestuoso, frondosa barba oscura salpicada de canas, ojos cubiertos por unas redondas gafas negras, de vidrios muy gruesos, y ropas tradicionales de su raza, con un amplio y oscuro manto por encima.

—Yekak es mi nombre, extranjero —dijo al fin, haciendo una profunda reverencia—. Soy vuestro amigo. ¿Eres el hombre que tenía que venir de América, el vendedor de alfombras?

—El mismo —asintió Ranko—. Mi nombre es Jerry Ranko. Celebro conocerte, Yekak.

—Y yo a ti. Estamos unidos en la misma lucha. Vosotros, por la paz mundial. Yo, por la paz y la libertad de mi país, que el ayatoláh Isham Ahrad ha aplastado con su tiranía.

—Lo entiendo —asintió Ranko—. ¿Alguna novedad importante, Yekak?

—Si no la hubiese, no me arriesgaría a venir aquí —dijo gravemente el árabe—. Ocupo un cargo de confianza junto al jefe de la guardia personal del ayatoláh, el coronel Isfar. A veces incluso hablo personalmente con el ayatoláh. Nadie supone que trabajo

para la causa de los leales al jeque Hassid. Y vale más que todo siga así.

—Por supuesto —asintió Vania acercándose al recién llegado—. ¿Qué es lo que vas a informarnos, Yekak?

—De la trayectoria exacta seguida por Isham Ahrad en su viaje político de esta semana. Mañana mismo parte hacia el primer punto de su recorrido. Ha anticipado en dos fechas ese viaje. Sospecho que ha recibido noticias de su base secreta, pero ignoro si buenas o malas.

—Igual puede haber problemas con la elaboración del gas letal, que haberse concluido su confección —dijo sombríamente Ranko.

Yekak asintió con la cabeza. Era imposible verle los ojos tras aquellos negros lentes de montura metálica que cabalgaban sobre su ganchuda nariz.

—Pienso igual —asintió—. Sea como sea, parte mañana la comitiva presidencial. El primer punto de destino es Mahbar, la ciudad del petróleo.

—Me lo figuraba —dijo Vania cambiando una rápida mirada con Ranko—. ¿Y después?

—Remadi es el segundo punto en el recorrido. Finalmente, también en la costa, pero más al sur, Abu Khabur, frente a la plataforma petrolífera
K-302,
la más importante del emirato en el golfo Pérsico.

—Y en una de esas tres ciudades o entre ellas, está la base secreta, sin duda.

—Sin duda —convino Yekak sin inmutarse—. Nuestros leales esperan instrucciones. Esta mañana han logrado sabotear un arsenal militar del ayatoláh, pero esa acción ha costado muchas bajas entre los nuestros. Y también han asesinado a varios vendedores de alfombras, supongo que buscándole a usted —dijo mirando al americano.

—Sí, todo eso lo he vivido de cerca —asintió Ranko—. ¿Cómo pudieron saber que yo sería un supuesto vendedor de alfombras en el mercado de Qabur?

—Lo ignoro, pero ellos tienen una buena red de información en todas partes, posiblemente incluso en su poderoso país, Ranko. Y buenos aliados que les apoyan, aunque ninguno sea la URSS ni los

Estados Unidos. Siempre existen potencias mundiales interesadas en jugar peligrosamente al ajedrez de la guerra local o de la amenaza mundial, por oscuros intereses propios.

—Lo sé, Yekak —afirmó Ranko ceñudo. Miró a Vania—. Bien, ¿qué haremos ahora?

—Sólo queda una cosa por hacer: seguir de cerca la comitiva presidencial —dijo la soviética—. Y no ser advertidos por los hombres de Isham.

—¿Cómo piensan hacerlo esta vez? —se interesó Yekak.

—Espero una idea de Ranko —sonrió Vania, mirando al americano.

Éste asintió, frotándose el áspero, cuadrangular mentón. Sus palabras fueron breves, tajantes:

—Iremos como dos beduinos del desierto, montados a caballo, viajando como nómadas de las dunas arenosas del interior de Kumán —dijo Ranko—. Nadie suele sospechar de los nómadas del interior de las tierras árabes.

—Es una buena idea —aprobó Yekak—. Nos veremos en cada una de las ciudades del recorrido, puntualmente. Viajaré con ellos, como un leal más al ayatoláh. Los lugares de reunión serán siempre cantinas o establos. En Mahbar, el mesón de las Siete Lunas. En Ramadi, los establos de Sharja. Y en Abu Khabur, la taberna de Irqah. Recordadlo mentalmente, sin tomar notas. En cada lugar indicado, entre cuatro y cinco de la mañana, el segundo día de estancia siempre.

—De acuerdo —asintió Vania—. Allí estaremos puntualmente si no nos ocurre nada que lo impida, Yekak.

Éste hizo otra profunda reverencia, abandonando el sótano. Los dos agentes se miraron.

—Ya lo ve, Jerry —dijo ella—. No perdamos tiempo, si vamos a viajar como beduinos por el desierto. Tendremos que dar una imagen perfecta como tales, para que nadie sospeche nada. Tengo un buen mapa de los oasis de Kumán, por fortuna.

—De acuerdo, Vania. Manos a la obra, entonces —asintió Ranko con energía.

CAPÍTULO V

La arena formaba remolinos en torno de ellos, movida por fuertes ráfagas de un aire seco, ardiente, que quemaba la piel.

Bajo sus ropajes, los dos jinetes avanzaban imperturbables entre la ventisca y los torbellinos de arena, en dirección a los cercanos oasis, a través del amplio desierto dorado que fulguraba bajo el crudo sol. Los beduinos tenían fama de cabalgar con cualquier inclemencia del tiempo, siendo como eran amos y señores del desierto. Y aquellos dos nómadas, ciertamente, parecían formar parte de la propia extensión de arena donde las patas de sus caballos iban dejando huellas en las dunas durante los escasos momentos que tardaba otra oleada de arena en cubrir esas señales.

Ambos eran jinetes expertos, como lo eran siempre todos los beduinos que debían recorrer millas y millas bajo soles implacables o en medio de atroces tempestades de arena, cuando no enfrentándose a sus enemigos o escapando de ellos al ser superiores en número, gracias a la pericia que tenían como jinetes.

Bajo aquellos ropajes y el sólido tinte que cubría sus facciones, Ranko y Vania interpretaban perfectamente sus papeles aunque ahora nadie pudiese verles. Pero habían cabalgado durante días enteros, dejándose ver en oasis o en poblaciones del desierto, tras pasar por la ribereña población de Mahbar, en el golfo Pérsico, auténtico bastión repleto de fuerzas militares del ayatoláh Isham, dada su importancia como refinería y centro petrolífero del país.

Allí habían hablado brevemente con Yekak en el Mesón de las Siete Lunas, en una oscura madrugada, confirmando que, al menos en los alrededores de la ciudad petrolífera no parecía hallarse la base secreta, puesto que el ayatoláh seguía viaje inmediatamente hacia el interior, rumbo a Ramadi, en pleno desierto.

Y hacia Ramadi se dirigían ahora los falsos beduinos, pero con la idea de pernoctar en el oasis de Bishar, a pocas millas de la ciudad del interior que era meta inmediata del tirano de Kumán y su séquito.

Avistaron pronto el oasis, allá tras una serie de ondulantes dunas arenosas, como una jugosa mancha verde en medio del desierto amarillo. Palmeras, un pozo de agua, vegetación, formaban ese punto acogedor en la interminable llanura de arena. Más allá, difuminado en el horizonte, se veía el perfil borroso de los minaretes y, torres de Ramadi, la cercana ciudad adonde ahora debía de estar llegando el ayatoláh, con la escolta militar encabezada por sus hombres de máxima confianza, el coronel Isfar, hombre de pésima fama en el país por su crueldad y la dura represión contra todos los leales al jeque Hassid.

—Ya llegamos —dijo Ranko bajo el velo que cubría su rostro hasta la nariz.

Vania, ataviada igual que él, fingiendo ser también un hombre, asintió fijando su mirada oscura, provista de lentillas de color negro, en el frondoso oasis que se alzaba en la distancia.

—Pasaremos allí la noche —dijo la soviética—. Y mañana, de madrugada, iremos a reunimos con Yekak en los establos de Sharja. ¿Crees que estará cerca de Ramadi el secreto escondrijo donde han montado los laboratorios para elaborar esa peligrosa y maldita arma química?

—No puedo saberlo. Ni me gusta hacer cábalas sobre algo que ignoro. Pero dudo que sea aquí.

—¿Por qué?

—Tal vez sea una corazonada. O la idea de que querrán tener la base más cerca de los lugares donde poder cargar fácilmente los depósitos de gas con destino a alguna parte donde hacer una demostración violenta de su poderío.

—Pero si en Mahbar no fue, ni aquí tampoco…, sólo nos quedará Abu Khabur, la última ciudad de su recorrido…

—Ya le dije que no sé nada. Sólo que dudo mucho que sea Ramadi el lugar señalado para instalar su base secreta. Pero no adelantemos acontecimientos. Vea, tenemos muchos vecinos en ese oasis, una caravana ha debido hacer un alto en él para descansar…

Era cierto. Numerosos árabes, con dromedarios y caballos, se

hallaban agrupados en torno al pozo de Bishar, reponiendo fuerzas mientras hablaban ruidosamente entre sí. Ranko se dijo que deberían ir con sumo cuidado para no delatar su falsedad ente aquellos auténticos beduinos.

Poco después, arribaban al oasis, cambiando unos breves saludos con los allí reunidos. Se apartaron, cosa que no extrañaba nada en gentes habituadas a vivir a su libre albedrío, tras dar de beber a sus monturas, para disponerse a comer a la usanza de los nómadas del desierto, sentados bajo una frondosa palmera, algo apartados de los demás.

—Es curioso… —dijo de pronto Ranko, fijando sus ojos pensativos en los hombres reunidos unos metros más allá.

—¿Qué es lo curioso? —indagó Vania, sorprendida.

—Esa gente… No parecen obrar como beduinos. Incluso nosotros lo parecemos mejor que ellos…

—¿Qué quieres decir? —susurró la rusa dominando su sobresalto.

—No sé, pero… juraría que *no son* beduinos, Vania.

—Es imposible —la mirada de ella se fijó en él—. Eso querría decir…

—Eso quiere decir, ni más ni menos, Vania, que creo que estamos metidos en un auténtico avispero —silabeó Ranko—. Mire: ese grupo se está acercando demasiado a nosotros, mientras finge discutir acaloradamente. Y llevan bultos en sus cuerpos, como si bajo las ropas ocultaran armas pesadas…

Vania miró alertada hacia donde señalaba él. Se estremeció. Era cierto. El grupo se había acercado a ellos considerablemente, como al azar. Discutían chillonamente, sin mirarles una sola vez. Captó la presencia de los bultos por Ranko, bajo las telas negras de sus ropajes árabes.

—¿Cree que son… gente del ayatoláh? ¿Cómo pudieron saber…?

—¿Cómo supieron lo del vendedor de alfombras? —Ranko se encogió de hombros—. Ya sabe lo que dijo Yekak: esa gente está muy bien informada. *Demasiado* bien diría yo. Cuidado. Los tenemos aquí mismo, Vania. Esté preparada.

—¿Qué va a hacer?

—Largamos de aquí cuanto antes. Pero si lo que sospecho es

cierto, no creo que nos dejen…

Se incorporó, como si fuese a atender a su caballo. Vania fingió recoger sus cosas, aproximándose también a su montura. Captó alguna que otra ojeada rápida de los supuestos nómadas del desierto, dirigidas hacia ellos.

Y, de repente, empezó todo.

Ranko subió de un salto a lomos de su caballo, negro como la noche misma. Gritó algo a Vania, en tono ronco, usando la lengua rusa ante la sorpresa de ella:

—¡Deprisa, es el momento!

Era el momento. Porque los nómadas del oasis habían decidido dejar de lado su representación, para revelar su verdadera condición. Cuatro o cinco de ellos alzaron sus ropas, extrayendo de entre ellas modernísimas armas automáticas, mientras gritaban consignas en árabe que Ranko entendió perfectamente:

—¡A ellos! ¡Que no escapen! ¡Son los que buscamos! ¡Rodeadles! ¡Evitad matarles, a ser posible!

—¡Se lo dije! —aulló Ranko, sacando también de entre sus ropas la potente y manejable pistola ametralladora de chato cañón que nunca le abandonaba.

Y comenzó a disparar sobre los beduinos antes de que éstos lo hicieran contra ellos. Su tableteante ráfaga abatió a cuatro de ellos en un santiamén, lanzando sus cuerpos entre la hojarasca, dando volteretas en medio de estallidos de sangre.

Los caballos relincharon asustados, los dromedarios empezaron a moverse inquietos, pretendiendo escapar del tiroteo, mientras las cabalgaduras de Vania y Ranko emprendían veloz galope hacia el desierto, en dirección a las lejanas formas urbanas de Ramadi.

Pronto el oasis entero era un hervor de gente armada, empezando a tabletear las armas contra los jinetes en fuga. Las balas zumbaban peligrosamente cerca, mientras la pareja hacía cabalgar a sus caballos en zigzag, evitando ser fácil blanco de sus enemigos.

Vania extrajo de entre sus ropajes un fusil ametrallador de fabricación soviética, que empezó a vomitar proyectiles sobre los adversarios con mortífera eficacia.

—¡Bravo, buena puntería! —aprobó Ranko, vaciando otra ráfaga sobre un grupo que se aprestaba a seguirles, que quedó reducido en

pocos segundos a sólo una pareja de asustados tiradores, rodeados de cadáveres.

Dos grupos lograban montar en sus cabalgaduras, para partir en pos de ellos a todo galope, en medio de los remolinos de arena producidos tanto por el aire como por los animales lanzados a todo correr sobre el desierto.

—¡Aprisa, aprisa! —apremió Ranko, furioso, forzando a su caballo cuanto le era posible—. ¡Son demasiados para nosotros dos solos!

Vania asintió, sin dejar de apretar el gatillo de su arma furiosamente. Las rociadas de balas suyas y de Ranko hacían verdaderos estragos entre los falsos beduinos del oasis, dejando la mancha de verdor cubierta de salpicaduras rojas por doquier, así como de cuerpos humanos sin vida tumbados acá y allá.

Inesperadamente, Vania lanzó un grito agudo. Se agitó en su silla de montar, perdió el arma que empuñaba, y miró desesperadamente a su compañero.

—¡Me han dado, Jerry! —gritó—. ¡Escape usted, pronto!

—¡Ni lo sueñe! —bramó Ranko, revolviéndose airado, con su caballo encabritado en la arena, para cubrir a la muchacha rusa con su arma.

Rugió ésta, acribillando a los que se acercaban, pero no pudo evitar que Vania se desplomase de su caballo, con una mancha visible de sangre sobre su ropaje, a la altura del costado izquierdo. Ranko rugió, apretando con más furia aún el gatillo de su arma. Por encima del cuerpo caído en la arena, maullaban las balas de su pistola ametralladora, abatiendo incesantemente enemigos. Pero tres de sus adversarios alcanzaron a la caída Vania, aplicando a su cuerpo varios fusiles ametralladores.

—¡Tire su arma y, entréguese, o la cosemos a ella a balazos! —avisó uno con un inglés imperfecto pero clarísimo de entender.

Ranko dudó, enarbolando su arma. Podía ser fácil acribillar a aquellos tres, pero uno solo de ellos que apretase el gatillo, sería suficiente para que el cuerpo de la soviética quedara hecho una criba sin remedio.

—Está bien —jadeó, bajando lentamente su musculoso brazo armado—. Ustedes ganan por esta vez…

—¡No, Ranko! —gritó roncamente ella desde el suelo—. ¡No lo

haga, no se rinda! ¡Debe seguir adelante con esto, me pase a mí lo que me pase!

—Ni lo sueñe —dijo él ásperamente, dejando caer su arma, que golpeó sordamente la arena a sus pies—. No quiero tener su muerte sobre mi conciencia, camarada.

Y alzó sus brazos en vilo, mientras otra media docena de hombres le rodeaba prestamente, aplicando sus armas automáticas sobre su cuerpo.

—Usted tenía razón, Jerry —se lamentó ella, mientras la dejaban de apuntar, para trasladarla herida al oasis—. Esa gente está demasiado bien informada… Pero yo he tenido la culpa de este desastre.

—No diga tonterías. También pudieron haberme alcanzado a mí. ¿Me hubiera dejado en sus manos, escapándose usted bajo amenaza de matarme si lo hacía?

—No lo sé —confesó ella—. Tal vez sí… tal vez no. ¿Qué importa eso ahora? Lo cierto es que nos han cazado. Me temo que aquí se termina todo…

—Tiene razón —dijo con su inglés incorrecto el mismo árabe que hablase antes—. Todo se terminó para ustedes. Hay gente que estará encantada de verles en el lugar adonde van a ser conducidos…

Se les hizo regresar al oasis. De la treintena larga de falsos beduinos acampados allí, apenas si quedaban diez o doce en pie, tal había sido la masacre obtenida por los dos agentes. Las miradas de odio hacia ellos les demostró que hubieran acabado con sus vidas allí mismo, de no ser porque tenían órdenes tajantes de conservarles con vida mientras les fuese humanamente posible.

—Atadles bien —ordenó el árabe a sus compañeros—. Sobre todo, al hombre. Es un tipo fuerte, de muchos recursos. Quitadle las armas. Y curad a la chica lo mejor posible, aunque tenga que vivir luego por poco tiempo. Es la orden recibida, recordad.

Se les llevó al oasis rápidamente. Ranko fue fuertemente ligado con correas, mientras Vania era esposada y se atendía su herida del costado, que en principio no parecía demasiado profunda ni grave, aunque perdía mucha sangre.

Poco después, la caravana de falsos nómadas emprendía su marcha hacia Ramadi, llevando consigo a los dos prisioneros

fuertemente vigilados pese a sus ligaduras, tras haber sido despojados de todo armamento visible entre sus ropas.

* * *

Ranko despertó, mirando en torno, aturdido.

Lo último que recordaba era el inicio del viaje a través del desierto, hacia las torres, cúpulas y minaretes de Ramadi, una importante ciudad comercial del interior del emirato. Y de que uno de los falsos nómadas le había suministrado un trago de agua a medio camino. Luego, no recordaba nada más. Se había dormido. Comprendió que no fue por sueño natural, sino gracias a alguna droga hipnótica diluida en aquel agua.

—Así me traían más tranquilos, pudiendo acomodarme aquí sin problemas —se dijo, contemplando el lugar donde se encontraba.

Era una especie de celda cuadrangular, de muros herméticos, sin otra abertura que una puerta metálica bastante sólida.

Se hallaba Ranko sin sus ropas árabes, sólo con un pantalón corto por toda prenda. Su cuerpo era como una mole enorme de músculos hinchados, pero de nada le servía toda su fuerza ante las férreas ligaduras que sujetaban sus muñecas fuertemente a la espalda, puesto que eran correas resistentes a todo esfuerzo muscular posible.

—¿Y Vania? —se preguntó, inquieto—. ¿Dónde estará ella ahora?

Por alguna razón, les habían separado a ambos una vez en su destino, sin duda dentro de la ciudad de Ramadi. Ahora, cabía preguntarse qué iban a hacer con ellos.

Pronto tuvo respuesta a ese interrogante. Chirriaron los goznes de la puerta metálica al girar una llave en su cerradura y correrse varios cerrojos en el exterior. Asomaron unos hombres de uniforme militar color verde oliva, que se quedaron en la puerta, mientras un oficial de raza árabe entraba en la celda, pistola en mano.

—¡Arriba! —ordenó en inglés—. Hay gente que quiere verte, Ranko.

Jerry se puso en pie de un salto. Le siguió, sombrío, al exterior. Caminó por un corredor, rodeado de soldados kumaníes, llevando a su lado al oficial armado.

—¿Y mi compañera? —quiso saber Ranko.

—No haga preguntas —fue la seca réplica—. No hay respuestas, Ranko.

Se mordió el labio el americano. Al final, el grupo se detuvo ante otra puerta metálica. Golpeó en ella el oficial con su arma, suavemente. Una voz respondió al otro lado de la hoja de metal:

—Entren.

Abrieron, haciendo entrar a Ranko a empellones. Éste se detuvo, tras un tambaleo, mirando ante sí con ojos helados, penetrantes, llenos de rabia.

—Bien venido, Ranko —saludó una voz fría, irónica, de maligna expresión—. Nos volvemos a ver de nuevo, ¿eh, amigo mío?

Un escalofrío recorrió la espina dorsal del americano al ver la cara inconfundible de su interlocutor, vestido ahora con el uniforme verde oliva del ejército de Kumán, mostrando los distintivos de su grado de comandante.

—¡Usted! —jadeó—. ¡El comandante Nehemiah Siodmak! ¡Por eso no se halló su cadáver en el campamento de Louisiana! ¡No sólo está vivo, sino que ahora trabaja para estos bastardos!

—Así es, mi querido amigo —rió suavemente el comandante Siodmak—. Sus balas me hirieron aquel día, pero no lograron acabar con mi vida. Pude huir del campamento entre la confusión reinante. Y he logrado alistarme con el ayatoláh Isham para luchar contra mi país una vez más… Lástima, Ranko. Ha caído *vivo* en mis manos. Y eso es mala cosa para usted… El ayatoláh quiere saber hasta qué punto están informados los americanos y los rusos de sus propósitos, así como lo que piensan hacer cuando el gas letal esté listo… Pero yo quiero mucho más de usted, Ranko. ¡Quiero su pellejo arrancado lentamente a tiras, hasta que desollado me suplique una muerte rápida y piadosa! Sabe que soy un experto en torturar, ¿verdad? Y va a experimentarlo en su propia carne miserable… ¡Sus músculos no le van a servir de nada esta vez, salvo de motivo de dolor cuando los desgarre con mis instrumentos!

Y una carcajada demoníaca del traidor americano, rodeado de sus útiles de tortura, como cuando le viera allá en Louisiana, subrayó sus temibles amenazas.

CAPÍTULO VI

Ciertamente, Siodmak no había hecho más que empezar.

Aun así, los músculos de Ranko chorreaban sudor y sangre ya. Sutil, lentamente, los instrumentos de tortura en manos del sádico comandante Siodmak, iban cumpliendo su feroz misión en el cuerpo de Ranko, mientras numerosos oficiales kumaníes, con el coronel Isfar al frente, esperaban que confesara cuanto a ellos les interesaba oír.

Pero Ranko no decía nada. De sus labios apretados no había escapado aún una sola queja, ni un lamento, ni una maldición. Y menos aún una confesión relativa a su misión en Kumán o a lo que su gobierno pensaba de la situación en el emirato, así como de la información sobre el gas letal y los seis científicos capturados por el ayatoláh.

—Es un tipo duro —dijo Siodmak riendo, en un alto de su tarea, mientras encendía lentamente un cigarrillo—. Le costará decir algo. Pero eso nos divertirá más.

—Comandante, el ayatoláh lo que quiere es información del preso, no diversión con su tortura —dijo secamente Isfar—. De modo que sáquele la verdad y haga luego con él lo que le venga en gana.

—Descuide, coronel. Hablará. Se lo garantizo. Pero ya le digo que Ranko no es un tipo vulgar y corriente. Sabe soportar el dolor, ¿lo ve? —Y puso la punta encendida de su cigarrillo en el pecho hercúleo del preso, atado ante él a un muro.

La brasa quemó la piel, elevándose una tenue columna de humo con acre olor a carne abrasada. Pero ni un lamento brotó de los labios del torturado, que se limitó a apretar los labios, cerrando sus ojos, mientras todos sus músculos se hinchaban bajo la epidermis,

en una contracción.

Siodmak rió, llevando la brasa a las uñas de las manos ligadas de Ranko. Recorrió sus yemas y los bordes de las uñas con el cigarrillo encendido, lentamente. El sudor chorreaba sobre la musculatura formidable de Ranko. Pero éste seguía igual.

El coronel Isfar se movió impaciente, golpeándose la bota con su corta fusta de cuero. En ese momento, un soldado entró en la estancia, saludando militarmente al coronel. Éste le interpeló en árabe:

—¿Qué ocurre ahora?

—Lo siento, coronel —dijo el soldado en árabe, lo mismo que su jefe—. Es la chica, la mujer rusa…

—¿Qué hay con ella?

—Le ha pasado algo. Un ataque cardiaco, posiblemente. La herida estaba bien, pero ella… *está muerta*. Ha sido una muerte repentina, fulminante, señor. No se pudo hacer nada por reavivarla.

Esta vez sí. Un rugido brutal, inhumano, surgió de la garganta de Ranko al entender esas palabras formuladas en árabe. Su cuerpo vibró, agitándose entre las ligaduras, como un coloso sublevándose contra el destino.

—¡Nooooo! —aulló—. ¡Muerta, no! ¡Miserables, verdugos cobardes, vosotros la habéis matado! ¡Cerdos, asesinos! ¡Os aniquilaré por esto!

Impresionados, todos se Volvieron hacia Ranko, que se convulsionaba entre sus ataduras de cuero, furiosamente, olvidado todo dolor físico, el rostro descompuesto, la mirada llameante de cólera.

Sólo Siomak le miraba divertido, con expresión de sádico placer ante su rabia impotente. Se acercó más a él, burlón, aplastando el cigarrillo encendido en su estómago, mientras hablaba con tono falsamente triste:

—Lástima… Tenía pensadas hermosas torturas para esa bella damita… aparte de ver cómo era violada por toda la tropa, uno tras otro…

Fue un error de Siodmak enfurecer más aún a aquel coloso moralmente herido que era Ranko en esos momentos. Los músculos de éste se hincharon de tal modo que amenazaron estallar.

Y estallaron.

Pero fueron sus ligaduras, sus correas, las que saltaron con áspero chasquido, rotas como si fueran de papel. Rápido, Isfar llevó la mano a su pistola, gritando:

—¡Cuidado con él! ¡Sujetadlo! ¡Se ha liberado! ¡Ha roto sus ligaduras!…

Siodmak, demasiado tarde, se dio cuenta del peligro. Saltó atrás, con ojos dilatados por el asombro, intentando empuñar también su arma. No pudo hacer nada.

Aquella mole musculosa cayó sobre él con la furia de un titán. Las manos poderosas le aferraron por el cuello, elevándole en vilo, como un monigote. Luego, le lanzó contra la pétrea pared violentamente, de cabeza.

El cráneo de Siomak chocó con la piedra con el crujido de un fruto maduro que se abre. Cuando se desplomó al pie del muro, su cabeza estaba hundida terriblemente, su cuello quebrado. Rodó como un pelele por el suelo, la mirada desorbitada, la boca babeando sangre.

Isfar, el comandante kumaní, tenía su arma en la mano ya, para disparar sobre Ranko. Pero éste, tras arrojar ante el pasmo general a su compatriota contra la pared, había arrancado de manos de un soldado sorprendido el arma que éste empuñaba, casi llevándose el brazo del mismo, tal era su fuerza. Y aquel arma, un fusil ametrallador, comenzó a rugir rabiosamente en la estancia, mientras se movía en forma de abanico sobre los soldados y oficiales presentes en la sesión de interrogatorio con torturas.

Isfar fue el primero en saltar por los aires, hasta golpear el muro, convertido en un sangrante colador, vomitando sangre por todos los boquetes que las balas iban abriendo en su uniforme verde oliva. Con él, rodaron tres o cuatro soldados, igualmente acribillados por la ráfaga.

Los demás intentaron reducir al coloso libre, pero en vano. Ranko era como una fuerza de la naturaleza en estos momentos, pulverizando cuanto se hallaba a su paso.

El arma crepitaba en sus manos sin descanso, convirtiendo la cámara en un sangriento matadero repleto de cuerpos agitados, convulsos, que terminaban por quedarse quietos, en las más grotescas posturas imaginables.

Saltó sobre todos aquellos cuerpos hasta el corredor. Venían

varios soldados a todo correr hacia él, enarbolando sus armas. Los barrió de una ráfaga, dejando el suelo del pasillo convertido en una alfombra de cadáveres y de sangre.

Rápido, corrió en busca de una salida. Vio ante él una puerta entreabierta, por la que se coló con celeridad, sin saber adónde se dirigía realmente. Se paró en seco, demudado, con un repentino temblor en sus manos que apretaban con rabia el arma humeante.

Ante él, en un camastro, yacía inerte Vania Dubronski. Rígida, la piel del color de la cera, la expresión del bello semblante serena…

—Dios mío… Ella… —susurró, apretando sus labios—. Muerta… Pobre Vania, amiga mía…

La contempló, sombrío, mientras escuchaba lejanas voces y carreras que se iban aproximando. Ajeno a todo ello, fue a la pared, donde había un armario repleto de armas automáticas, munición, bayonetas, machetes y toda clase de material bélico. Debía de ser éste el cuarto de guardia, donde Vania había sufrido su crisis fatídica.

Rompió a culatazos la vidriera del mueble, sin dejar de contemplar el cuerpo de la joven soviética. Tiró luego el arma, eligiendo allí el más ligero y potente artefacto bélico que había en el arsenal: un fusil ametrallador liviano, de fabricación soviética, capaz de vaciar cientos de balas por minutos, sumamente manejable por otro lado. También tomó dos poderosos machetes que metió en su calzón, así como varios cargadores para el fusil ametrallador, tomando una chaqueta verde oliva de un uniforme militar, colgada del muro, en cuyos bolsillos distribuyó las balas, tras ponerse la guerrera encima del torso desnudo, sangrante por las torturas de Siodmak.

Luego Se inclinó, besando la frente helada de Vania. Acarició sus cabellos.

—Adiós, mi buena amiga y camarada —susurró—. Nunca debí dejar que perdieras la vida en este infierno…

En ese momento, asomó alguien en la estancia. Rápido, Ranko elevó su arma hacia el recién llegado, el dedo en el gatillo.

—¡No, no dispare! —susurró una voz familiar—. Vengo a sacarle de aquí cuanto antes, Ranko…

Reconoció al hombre de nariz ganchuda, lentes negros redondos, barba oscura y canosa. Era Yekak, el aliado de ellos en Kumán, el

informador de Vania. Ahora vestía uniforme militar, como los demás, pero no empuñaba arma alguna. Las voces y carreras se acareaban cada vez más a ellos.

—Pronto estará aquí el resto de la tropa —susurró el árabe—. Estamos en el cuartel general de la guardia presidencial en Ramadi. No puede salir por la puerta principal, pero conozco una salida más adecuada, sígame.

—No iré solo —dijo sordamente Ranko.

—¿Qué quiere decir? —masculló Yekak. Miró el cuerpo de Vania —. No pensará…

—Es justamente lo que pienso. Esos cerdos no dispondrán de su cadáver. Es mío.

Y con suma facilidad, como si fuese una frágil muñeca, cargó con Vania sobre su hombro izquierdo, saliendo en pos de Yekak con su fusil ametrallador en la mano derecha, la mirada llameante, el rostro crispado por la rabia y el odio.

El árabe le llevó hacia un corredor lateral, contrario al lugar de origen de las voces y pisadas. Luego, rápidamente, se metieron por una puertecilla lateral, que les dejó en una escalera descendente. La señaló Yekak.

—Por ahí se sale directamente a un sótano abandonado. Esto antes de ser cuartel de las fuerzas del ayatoláh, era un almacén de grano. El sótano tiene un corredor que conduce a un patio de carga. La cerca no es alta. Puede saltar a la calle, a dos edificios de distancia de este cuartel. Luego, corra cuanto pueda. Pero con ese cadáver encima y así vestido, no irá lejos. Jabrid está en Ramadi ahora, pero no sé dónde, exactamente. Iba a reunirse con nosotros mañana en los establos de Sharja, pero no sé dónde se puede ocultar ahora…

—No puedo ir solo, Yekak. Venga usted si puede conmigo.

—No me es posible, pueden notar mi ausencia. Recuerde que confían en mí, sobre todo el coronel Isfar…

—Por eso no se preocupe. Está tan muerto como el comandante Siodmak. Venga, Yekak. Le necesito. Cuando vuelva, dígales que fue en busca mía, persiguiéndome. Seguramente le creerán.

—¿Y si no me creen?

—Lo harán si se hiere usted mismo antes de volver, para explicarlo mejor todo. ¿O prefiere que le hiera yo?

—No, no… Me heriré, ésa es una buena coartada…

Está bien, sígame. Tenemos que salir de aquí cuanto antes, el tiempo apremia. Creo que en el sótano habrá ropas viejas que ponerse, las que usaban los obreros para descargar el grano…

Así fue. Ranko se pudo cubrir bastante bien con las ropas viejas, de oscuro tejido vulgar, así como tapar el cuerpo de Vania. Momentos después, Yekak le dejaba en un amplio patio polvoriento, de cercas no muy altas, cuyo portón estaba herméticamente cerrado.

Ranko guardó su arma bajo las ropas, cargando con Vania con ambos brazos, tras saltar a una callejuela desierta, al otro lado de los muros del patio. Yekak, en ese punto, se despidió de él, temeroso.

—Debo volver —dijo—. ¿Nos veremos la próxima madrugada en los establos?

—Allí estaré —prometió Ranko sombríamente, alejándose con su femenina carga inerte.

Yekak se quedó atrás, Ranko giró la cabeza, mirándole. Le vio herirse con un machete en el brazo izquierdo, tras una vacilación. Luego, echó a correr en dirección opuesta, sangrando abundantemente por su brazo herido, dando gritos de aparente dolor.

Ranko buscó las callejuelas estrechas y solitarias, inclinada la cabeza, cargado con Vania como si llevase consigo a una persona herida o inconsciente, en busca de médico o de hospital.

Poco después, empezaban a circular numerosos *jeeps* por la ciudad, haciendo sonar sus sirenas. Las tropas de Isham Ahrad buscaban sin duda a Jerry Ranko, el evadido.

Éste tomó una rápida decisión. Se metió en una tienda de ropas, bajo unos porches. Sobre unos fardos, depositó el cuerpo de Vania. Un comerciante árabe, solícito, acudió a atenderle. Ranko le estrelló el puño en la cabeza, como un mazo. El comerciante rodó a sus pies, fulminado. Tardaría horas en volver en sí, tal fue el impacto del puño.

Ranko obró con rapidez. Eligió ropas de la tienda, vistiendo a Vania rápidamente con unas lujosas prendas árabes, propias de una mujer de alta condición social. Y él mismo eligió otras que nada tenían que envidiar en cuanto a lujo a las de la difunta soviética.

Cuando salió de la tienda, era un potentado árabe, cubierto con un kaftán suntuoso y vistiendo ropas carísimas. Entre sus brazos llevaba a Vania, convertido en un cadáver de lujo cuando menos.

Así ataviado, le fue fácil moverse por calles más céntricas sin que nadie le mirase con recelo. Llamó a un taxi en una parada, indicándole en árabe que necesitaba ir cuanto antes a un hospital, a ser posible europeo. El taxista asintió, indicándole el llamado Hospital de Francia. Ranko aceptó, acomodándose detrás con Vania junto a él, como si en vez de muerta estuviese inconsciente.

—Es urgente —dijo—. Mi esposa está muy enferma, creo que se muere…

Asintió el taxista, alarmado, circulando por las callejas de Ramadi a buena velocidad. Eludió fácilmente los controles militares que, por otro lado, no pensaban siquiera en la posibilidad de que utilizara un taxi para escapar.

El vehículo dejó la zona céntrica de la ciudad, encaminándose a un sector residencial, donde pronto apareció un edificio rodeado de jardines, donde ondeaban las banderas de Kumán y de Francia. Sobre la entrada se leía: HOSPITAL DE FRANCIA.

—Hemos llegado, señor —dijo el taxista, bajando del vehículo para ayudarle a descender con su «esposa enferma».

Ranko así lo hizo, indicando al taxista que le ayudase a entrar en el edificio. Una vez dentro, pidió hablar con algún cargo del hospital. Salió a atenderle el director en persona, un afable caballero de fuerte acento francés y blancos cabellos, ataviado con una bata verde. Ranko, rápidamente le expuso en francés la situación.

—He escapado de las tropas kumaníes con el cadáver de mi compañera —informó—. No tengo un céntimo para pagar al taxista. Y debo depositar aquí el cuerpo de esta mujer…

—No se preocupe, ya me pagará alguna vez esto —dijo el médico francés—. Yo abonaré la carrera del taxi. Luego, venga conmigo, por favor. Deje que los camilleros conduzcan a la dama al depósito…

Pagó al taxista, que se fue deseando a Ranko todo lo mejor para su «esposa». El americano respiró hondo cuando el taxi se alejó de allí, volviendo junto al director del hospital.

—Soy el doctor René Dechampes —se presentó, estrechando la

mano de Ranko—. Como comprenderá, no deseo que mi establecimiento se vea envuelto en todo esto, porque mantenemos aquí una estricta neutralidad, si bien mis simpatías personales se decantan por el depuesto jeque Hassid. ¿Qué más puedo hacer por usted, señor?

—Poca cosa: proporcionarme ropas europeas y permitirme estar aquí hasta que oscurezca, es cuanto le pido, aparte que se ocupen de dar sepultura cristiana a esa desdichada muchacha que fue compañera mía…

—Descuide. Haremos ver que fue una paciente ingresada aquí, que falleció repentinamente, eso no es problema. Puede ocupar una habitación del hospital, en la planta de infecciosos. Allí nadie se atrevería a buscarle. Hace poco vi a los soldados arrestando a toda clase de árabes mal trajeados, como si buscaran a uno en particular que fuese mal vestido…

Ranko arrugó el ceño, sin comentar nada. Llegaron a un cruce de pasillos del hospital, donde el doctor Dechampes se detuvo.

—Aquí nos dividimos. El cadáver seguirá hacia el depósito. Usted venga conmigo a Infecciosos, por favor. Estará internado hasta esta noche, en que deberá salir del hospital.

—Claro, doctor. Le he dicho que sólo eso es lo que…

En ese momento, una voz suave, tranquila, rompió la frase a Ranko del modo más imprevisible del mundo:

—Bueno, pasó el efecto según parece… ¿Dónde estamos ahora, Ranko? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

Incrédulo, Jerry se volvió hacia la camilla rodante. Los camilleros, con el cabello erizado, se echaban atrás. El doctor Dechampes lanzó una imprecación, estupefacto.

Vania estaba sentada en la camilla, sonriente, mirando a todos con curiosidad.

Y, ciertamente, parecía llena de vida.

CAPÍTULO VII

—Pudiste haberme avisado antes de que todo eso sucediera, Vania.

Ella sonrió, moviendo la cabeza, mientras Ranko paseaba por la habitación del ala de infecciosos del hospital francés, como una fiera enjaulada.

—Lo siento. Olvidé comentarte que llevaba esa cápsula en mi dentadura, para una emergencia. Cuando vi que pensaban violarme y, torturarme, decidí fingirme muerta. Y disolví la cápsula en mi boca. Es una droga que crea una muerte aparente. Algo así como la pócima de «Romeo y Julieta», pero en moderno —concluyó con una sonrisa—. No sabía lo que podía ocurrirme durante mi estado aparentemente cadavérico, pero cualquier cosa era mejor que soportar a aquel espantoso comandante Siodmak…

—Era un ser depravado, cruel, malvado como pocos. Le conocía de antes. Pero no volveremos a encontrarnos nunca más esta vez. Vania, celebro tu vuelta a la vida. Pero tu falsa muerte fue la espoleta que me hizo ganar la libertad para ambos.

—¿Tanto lo sentiste? No sabía que me apreciaras de ese modo.

—Bueno, dejemos eso ahora —gruñó Ranko secamente—. Esta noche hemos de reunimos con Yekak y con Jabrid en los establos de Sharja. Fue Yekak quien me ayudó a salir del cuartel general de los kumaníes. Me dijo que Jabrid está en Ramadi.

—Yo te puedo contar algo mejor que todo eso, Ranko —sonrió ella—. Lo oí estando en el primer trance tras tomar la droga. Antes de perder del todo el sentido, se pasan cosa de veinte o treinta minutos en letargo, sintiendo y oyendo todo, pese a parecer cadáver. Hablaron delante de mí sin cortapisas. Era el coronel Isfar con un ministro del ayatoláh.

—¿Y de qué hablaron?

—Justamente de lo que estamos buscando: del gas letal, de los seis científicos… y de la base secreta.

—¡Cielos! —La miró, asombrado—. ¿No querrás decir que ellos mencionaron ante tu supuesto cadáver…? Sería demasiado fácil…

—Pues así de fácil fue. Hablaron. Y mencionaron el lugar secreto. Hacia allá saldrán mañana al amanecer, Jerry.

—De modo que es… Abu Khabur, la ciudad costera del Golfo…

—No exactamente —suspiró ella—. Es… la Plataforma K-302.

—¡La plataforma petrolífera del golfo Pérsico!

—Eso es. No es tal plataforma petrolífera solamente. Ésa es su máscara. Se trata de la más importante base militar secreta de Kumán. Tienen misiles en ella. Y un arsenal potentísimo. Pero también los laboratorios de investigación científica. Allí están los prisioneros. Y allí están los primeros bidones de gas letal, ya fabricado. De ahí sus prisas en llegar. Van a lanzar su primera ofensiva internacional enseguida.

—Vania, Dios te bendiga, aunque seas atea como buena comunista. Esa información vale su peso en oro. Ya no vamos a necesitar ver a Yekak y Jabrid esta noche…

—Pero hemos de informarles de todo…

—No. Tengo una idea mejor, Vania. Escucha lo que tengo que decirte…

Vania atendió con cierta perplejidad a su compañero. Al final de su explicación, con gesto ensombrecido, asintió. Su respuesta fue grave, tajante:

—De acuerdo, Ranko. Lo haremos como dices.

* * *

Los establos de Sharja se hallaban casi en las afueras de Ramadi, en una zona desierta y tranquila de la ciudad, no lejos del desierto. Numerosos edificios y cobertizos rodeaban el establo propiamente dicho, dedicados todos ellos a acoger ganado caballar o lanar, cuando no arrogantes dromedarios.

En torno a las edificaciones, todo era oscuridad y silencio, especialmente a horas como aquélla, bien avanzada la madrugada. De entre las sombras, sugirió una, en movimiento, acercándose a los establos lentamente, pegada a los muros para no ser vista. Alcanzó

los porches del establo, aguardando en ellos.

Minutos más tarde, llegaba otra sombra humana adoptando iguales precauciones que la primera. Se encontraron en la densa penumbra, mirándose cautelosos.

—¿Ranko? —preguntó una voz en un murmullo.

—El mismo. ¿Jabrid? —susurró en respuesta la otra sombra.

—Sí. Me han contado que murió Vania…

—Es cierto. Ya está sepultada, Jabrid.

—Lástima. Era una buena mujer. Yekak estará al llegar.

—Lo sé. ¿Vienes armado acaso?

—Bueno, traigo mi pistola solamente. No me gusta ir demasiado cargado, señor.

—Esta vez será preferible que te cargues un poco —le tendió un fusil ametrallador—. Toma, lo he conseguido esta noche de un soldado que hacía ronda en las calles. Te será útil, Jabrid.

—¿Para qué? —dudó el joven árabe, tomando el arma de manos de Ranko.

—Nunca se sabe. Andan buscándonos por toda la ciudad.

—Lo he notado. Arrestaban a todos los mal vestidos. ¿Por qué?

—Porque nuestros enemigos están siempre *muy bien* informados —dijo irónico Ranko—. No serás tú quien les informa de todo, ¿verdad, Jabrid?

—¿Yo? ¿A ellos? —El joven le miró con horror—. Son mis enemigos, señor. Soy leal a mi jeque Hassid, a mi patria, no a esos locos fanáticos que ahora la gobiernan… ¿Cómo puede pensar de mí algo semejante?

—Porque alguien tuvo que decirles quién era el vendedor de alfombras de Qabur, cómo íbamos a llegar a un oasis determinado, fingiendo ser beduinos… o la forma de astroso árabe que yo mostraba esta mañana, vestido con ropas viejas de un sótano dedicado en tiempos a almacenar grano… Alguien que sabía todo eso perfectamente…

—Yo no sabía que usted vestía esa clase de ropas, ni sé nada de ese almacén de grano… —protestó enfáticamente el joven kumaní.

—Lo sé, Jabrid. Eso es lo que me convenció hoy de la identidad del traidor que juega a dos barajas… Tú no podías ser. Luego entonces, tenía que ser…

—¿Quién?

—Yekak, el confidente. Y ahí lo tenemos ya, dispuesto a tendernos la última emboscada, Jabrid. Por eso te he dado el arma… —Y Ranko sacó de entre sus ropas su propia metralleta, mientras la figura de Yekak aparecía entre ellos, surgiendo de la noche.

—Hola —saludó el confidente, mirando sorprendido las armas —. ¿A qué viene ese armamento? No podemos hacer ruido aquí. Estamos solos los tres, Ranko.

—Eso parece —asintió Ranko—. Pero nunca se sabe, Yekak… No hubiera ido muy lejos esta mañana con aquellas ropas, ¿verdad? Y menos con el cuerpo de Vania…

—No lo entiendo… —Los ojos del árabe, invisibles tras los negros lentes, parecieron escudriñarle—. Lo cierto es que ahora está aquí sano y salvo, ¿no, Ranko?

—Claro —rió Jerry—. Porque cambié mis sucias ropas miserables por las de un rico potentado árabe, algo que ellos no podían imaginar… ni usted sabía. Buscaban a un falso árabe de ropaje pobretón, no a un hombre ricamente vestido con caras sedas, oculto en un edificio extranjero de la ciudad. Yekak, ¿dónde están los hombres del ayatoláh ahora? ¿Dentro del establo, o rodeando este lugar?

—No le puedo comprender… ¿Qué trata de insinuar? Gracias a mí escapó esta mañana del peligro…

—Claro. Usted no tenía prisa alguna. Y se cubría de gloria ante su gente, los que le creen leal. Realmente, es al ayatoláh al que sirve lealmente, traicionando a los que confían en usted, Yekak. Por eso estaban ellos siempre tan bien informados…

—¡No tiene sentido lo que dice! —bramó Yekak airado—. Yo…

—¡Ahí están! —gritó de repente Ranko, señalando a la oscura noche—. ¡Ha visto el brillo de las armas, Jabrid! ¡Dispara, pronto!

Y él mismo giró su metralleta, abriendo fuego sobre un cobertizo cercano, cuyas tablas perforó a balazos. Detrás de las maderas, sonaron voces plañideras, alaridos de dolor. Replicaron con disparos. Yekak, con un juramento, echó a correr alejándose de ellos, al tiempo que gritaba:

—¡Aquí, aquí! ¡Están los dos juntos! ¡Acabad con ellos!

—¡Miserable traidor! —rugió Jabrid, abriendo fuego sobre Yekak, que se paró en seco, alcanzado por las balas del que había

sido su aliado hasta conocer su traición.

Y para su asombro, mientras empezaba a caer agonizante, surgió por el callejón ante él la resucitada Vania, arma en ristre, haciendo fuego sobre los cabertizos cercanos, al tiempo que con su otra mano lanzaba granadas sobre los parapetos de los soldados del ayatoláh.

—Vania… viva… —jadeó Yekak, vomitando sangre—. No entiendo…

Ella le remató con otra ráfaga, lanzando su cuerpo contra una blanca pared encalada, donde dejó las huellas de su sangre. De allí resbaló a tierra, sin vida. Estallaban las granadas mientras tanto, derribando muros a pedazos, mientras lanzaban por los aires cuerpos de soldados kumaníes destrozado por los explosivos.

Se reunió con Jabrid y Ranko, uniendo sus ráfagas a las de ellos, mientras murmuraba con fiera expresión:

—Tuviste razón, Jerry. Yekak era el maldito traidor… Ahora, nadie nos detendrá ya.

Y parecía cierto. Los enemigos caían como moscas bajo el fuego de las metralletas y el estruendo de las granadas.

Poco después, un rápido *jeep* partía de los establos llevando a los tres camaradas, para desaparecer en el laberinto de callejuelas de Ramadi, con rumbo desconocido, tras dejar a sus espaldas una auténtica masacre de soldados del ayatoláh.

Las patrullas militares que recorrieron luego la ciudad al amanecer, no lograron dar con los evadidos.

Capítulo VIII

La plataforma petrolífera se alzaba sobre las aguas, poderosa, maciza, elevándose al cielo el gas encendido de su escape en el tubo central, dentro de la torre instalada sobre el cuerpo flotante.

Las luces resplandecían en la instalación, reflejándose en las aguas. Para todo observador profano, era una plataforma como tantas otras del golfo Pérsico, desde Irak a Irán, pasando por Kuwait a los Emiratos Árabes. Nadie podía advertir la presencia de submarinos vigilando en torno las aguas, o dar importancia a los helicópteros o aviones militares que, de vez en cuando, sobrevolaban la zona como por simple azar. Pero lo cierto es que toda aquella vigilancia, estaba destinada a salvaguardar la plataforma
K-302
de Kumán, hecho insólito para una simple instalación petrolífera igual a tantas otras vecinas.

Bajo las aguas, sin embargo, esa noche se movía algo más que los submarinos de vigilancia costera de la Armada de Kumán. Eran unas sombras furtivas, pegadas al fondo marino, eludiendo entre arrecifes de coral y peñascos cubiertos de musgo y moluscos la detección del radar o del sonar de los submarinos cercanos.

Las dos sombras eran humanas, no marítimas. Pero se movían como auténticos peces en lo más profundo del litoral, acercándose al yacimiento marítimo kumaní.

Sus cuerpos estaban envueltos en goma negra, igual que sus cabezas. Las cargas de oxígeno sobre sus espaldas, les prestaba el aire respirable suficiente a través de la mascarilla adosada al rostro. Eran dos submarinistas con equipo de inmersión. Un sistema especial adosado a sus ropas de buceo permitía que las ondas del

sonar fuesen neutralizadas adecuadamente. El radar era imposible de detectar en la profundidad, entre accidentes del fondo marino.

Con gestos, uno de ellos señaló al otro la forma que emergía delante, dibujada borrosamente en el azul profundo del mar. Era la base de la plataforma petrolífera. Por encima de ellos, la mole flotante se recortaba en la superficie del Golfo, con el resplandor difuso de sus grandes, potentes luces de a bordo.

Asintió el otro submarinista. Bucearon en torno al gran tubo central de explotación del yacimiento petrolífero marítimo, que se hundía en el fondo. Adhirieron unas piezas oscuras, de forma aplastada, mediante una masa gomosa, moldeable, que parecía soportar bien la profundidad marina y el contacto con el agua. Después, se elevaron como si pretendieran emerger, pero sólo para alcanzar un lateral de la plataforma, antes de llegar a la superficie. Allí se asieron a los hierros de la instalación, tomando aliento. Volvieron a mirarse, con un mutuo asentimiento de cabeza. Eran unos ojos azules, celestes, los que se cruzaban con unos ojos oscuros, ardientes.

Por fin, emergieron en las revueltas, oscuras aguas del Pérsico. Nadie advertía su presencia allí, pegados como estaban a la estructura metálica de la plataforma. Se despojaron de sus máscaras, respirando el aire frío, húmedo, de la noche.

—Ahora subiremos —susurró Ranko con voz apagada.

—De acuerdo —asintió Vania—. ¿Crees que podremos hacerlo?

—Estoy seguro. Mira: hay retenes de vigilancia nocturna. No visten uniforme, sin duda para no revelar el carácter militar de esta instalación, sino ropas de trabajadores petroleros, con casco y mono color naranja. Espera un poco. Ahí vienen dos vigilantes. Cuando lleguen aquí será el momento.

Vania afirmó. Se auparon, hasta subir a la plataforma, por entre los hierros entrecruzados del armazón metálico. Pegados a éstos, confundiéndose el negro de sus ropajes de goma con el del metal, esperaron a que dos presuntos trabajadores de la planta llegaran ante ellos, como si fueran paseando trivialmente, aunque era obvio que se trataba de vigilantes militares especializados.

Les dejaron llegar e incluso dar la vuelta para iniciar un nuevo recorrido. Entonces saltaron al unísono sobre ambos. Vania descargó un seco golpe en el elegido. Ranko cortó el cuello con su

machete a su víctima. Caídos ambos, les despojaron con rapidez de las ropas y cascos, arrojando luego sus cuerpos al agua. Momentos después estaban ataviados con los cascos color naranja, como los «monos» de trabajo, desenvolviendo de unas bolsas plásticas que llevaran hasta entonces a la espalda sus respectivas armas: dos pistolas ametralladoras, ligeras y eficaces, que ocultaron bajo el «mono» respectivo, caminando con igual ritmo que los agredidos.

—Ahora, ayer si descubrimos el acceso a la base secreta, a los laboratorios en concreto —susurró Ranko, mirando en tormo cauteloso, sin dejar de andar sobre la cubierta húmeda de la plataforma, bajo las intensas luces de a bordo.

—Todo lo que nos rodea forma parte de la instalación petrolífera en sí —musitó Vania—. Tiene que estar en otro punto de la plataforma…

Asintió Ranko, mientras seguían su ronda con la cabeza baja, evitando que alguien pudiera ver sus rostros bajo los cascos color butano. Vieron pasear a otras parejas de supuestos obreros por el lado opuesto de la plataforma, así como en la planta superior. De repente, Ranko señaló disimuladamente hacia un punto.

—Allí —dijo sordamente—. Mira en esa dirección, Vania. ¿Qué ves?

Ella siguió su gesto. Vio una puerta iluminada, bajo el rótulo «CANTINA». Entraban por ella media docena de hombres de uniforme naranja, en perfecta formación, como si fuesen una escuadra desfilando.

—Sólo veo la entrada a la cantina. No tendrás sed… —sonrió Vania, irónica.

—¿Sed? Me pregunto qué clase de cantina puede ser la que exige que los clientes, aunque sean soldados, entren en perfecta formación. Además, esta gente es fanática del Islam, chiítas. Es el segundo punto dudoso. No beberían alcohol por nada del mundo. Y menos en servicio. Tampoco irían a la cantina en formación militar.

—Ya te entiendo. ¡Supones que no es una cantina, por mucho que lo diga ahí!

—Exacto —afirmó Ranko—. Aquí no existirá *ninguna* cantina. El ayatoláh no permitiría que su tropa tuviera semejante lugar de expansión. Ese grupo va a relevar a algún otro en un determinado servicio. Vamos a ver cuál.

—Pueden descubrirnos, Ranko…

—Eso sucederá tarde o temprano. Recuerda los explosivos que harán volar todo esto dentro de una hora. Para entonces, tiene que haberse hecho todo. O volaremos con la plataforma en mil pedazos.

—Eso significaría el fin de nosotros, de los científicos… y del gas, que escaparía sin remedio de sus recipientes, extendiéndose por doquier…

—Recuerda lo que te conté. Ese gas, es líquido antes de entrar en contacto con el aire, como tantos otros. Pero si se le hace explosionar, el fuego descompone la fórmula, que a determinada temperatura se diluye en diferentes gases, sin efecto letal. Por eso hemos puesto las cargas en la base de esta instalación. Y tenemos poco tiempo, si queremos salir con vida y rescatar las de esos seis prisioneros que nos han traído aquí. ¡En marcha, Vania, no podemos esperar más, hay que correr el riesgo de una vez por todas!

Echaron a andar sin prisas, recto hacia la «cantina» o lo que aquello pudiera ser. Momentos después, penetraban por la puerta con rígido andar, la cabeza inclinada siempre. Hicieron bien, porque un obrero de color naranja les detuvo.

—Alto —sonó una dura, fría voz—. Esperad ahí.

Se pararon en seco. Disimuladamente, las manos de ambos buscaron las armas bajo sus monos. Pero se relajaron cuando la voz añadió:

—Si sois los relevos de la planta inferior, tomad. Nadie puede pasar sin los controles personales, recordadlo siempre. Ésta es zona restringida a todos los efectos.

Una mano enguantada les entregó dos tarjetas de identificación y dos pulseras de metal con una luz roja parpadeante. Se ajustaron la pulsera cada uno. Y prendieron la tarjeta plástica de su uniforme. El guardián señaló al fondo.

—Seguid. Recordad: planta Inferior Cero. Identificaros en cada control o no se os permitirá el paso. Vamos, vamos. Venís casi diez minutos antes de la hora, pero los de abajo os lo agradecerán, sin duda. No es tarea agradable vigilar a esos seis chiflados junto a sus malditos bidones de esa cosa capaz de matamos a todos.

Ranko dominó un estremecimiento. Estaban en el buen camino. Echaron a andar hasta un ascensor que les condujo a la Inferior

Cero. Al salir, vieron un control magnético en el muro. Introdujeron sus tarjetas. Se abrió una hoja metálica en la pared. La cruzaron. Al otro lado, se hallaron ante otra puerta, ésta dotada de una parpadeante luz roja. Al acercarse, emitió un zumbido sordo iba creciendo de volumen.

Rápido, Ranko puso ante la luz la que parpadeaba en su pulsera. Se apagó el sonido. Se abrió una abertura angosta, para una sola persona. Cruzó, haciendo un gesto a Vania. Ella entendió. Segundos después, le seguía por la puerta, que se abría de nuevo a su paso tras contactar luz con luz.

—Bien —murmuró Jerry—. Creo que hemos salvado los controles. Mira eso.

Vania miró. Ante ellos, una vidriera amplia dejaba ver unos laboratorios de intensa iluminación azul clara. Entre la instalación, se movían media docena de hombres de aspecto fatigado, bajo la vigilancia de dos guardianes uniformados como ellos.

—Ahí están —susurró—. Los tres americanos y los tres rusos, Vania.

Se acercaron a la vidriera, desde donde vigilaban los dos guardianes. Éstos se volvieron hacia ellos, extrañados.

—¿Qué significa esto? —demandaron—. Aún no es hora de relevo. Y no sois Yamir ni Mohad…

Ranko actuó deprisa. Sus dos manos extrajeron velozmente sendos machetes, que disparó raudos sobre los dos centinelas. Éstos se desplomaron con el acero hincado en el corazón, mortalmente heridos. Uno intentó extraer un arma de fuego. Ranko fue hasta él, sacando el machete para rematarle, mientras sujetaba su brazo armado.

—Lo siento —mascullό—. Debe hacerse todo en silencio.

Se acercó a la vidriera. Era hermética, a prueba de ruidos. La golpeó. Los científicos ni le oyeron. Seguían con su febril labor en el laboratorio. Vania meneó la cabeza.

—Jerry, me temo que llegó la hora de hacer ruido —dijo—. No hay otro remedio.

Alzó su fusil ametrallador, comenzando a dispararlo sobre la vidriera. Ésta saltó hecha añicos, los científicos se volvieron hacia ellos, despavoridos. En alguna parte, a bordo de la plataforma, empezó a sonar agudamente una sirena de alarma.

—¡Has despertado el alerta en la instalación! —gritó Ranko, sacando su propia arma de entre las ropas—. ¡Pero decías bien, no existía otro medio!

Corrió hacia la destrozada vidriera, gritando a los científicos:

—¡Arriba, pronto! ¡Escapen de ahí! ¡Somos amigos, venimos de América y de Rusia para liberarles de este infierno! ¡No hay tiempo que perder!

Los científicos cautivos se miraron entre sí, agrupándose. Luego miraron a los dos jóvenes libertadores.

—Aunque escapemos todos de aquí… ¿qué será del mundo? —se lamentó uno en ruso—. ¡Tenemos dos bidones de gas esperando para ser utilizado por esos locos!

—Lo sé —asintió Ranko—. Déjenlos a bordo, no ocurrirá nada con ellos… si dentro de poco sucede lo que ha de suceder. Pero para entonces, debemos estar lejos de aquí todos.

—¡Nunca saldremos! —se lamentó un americano—. ¡Nos pueden bloquear aquí!

—Espero que no. —Ranko empuñó el arma, decidido—. Vamos allá, tenemos controles para salir de este encierro, al aire libre. Después… veremos.

Se lanzaron hacia el exterior. Los científicos se reunieron con ellos. Pronto, apenas cruzada la puerta metálica, se vieron frente al primer grupo enemigo, armado hasta los dientes. Ranko comenzó a disparar furiosamente, mientras Vania arrojaba una carga explosiva que levantó por los aires fragmentos humanos, desgajando muros violentamente.

Cuando llegaron al exterior, eran muchos más los soldados de uniforme naranja de obreros petrolíferos los que corrían hacia ellos, empuñando las armas.

—¡Arrojaos todos al mar! —gritó Ranko—. ¡Yo os cubro!

Vania y los científicos obedecieron, sumergiéndose en las aguas, mientras Ranko, como poseso, hacía rugir su arma sin cesar, abriendo enormes brechas en el enemigo.

Nunca llegó a saber si hubiera acabado vencido por el número aplastante de enemigos de a bordo de la plataforma, porque inesperadamente rugieron motores sobre ellos, y las aguas del Golfo ardieron al caer en ellas potentes cargas explosivas que hicieron oscilar violentamente la plataforma en la superficie.

Simultáneamente, en la costa ladraron armas de fuego y sonaron explosiones. Ranko sonrió fieramente, vaciando una nueva carga de su arma rugiente.

—Los americanos y rusos están aquí apoyándonos ya —murmuró—. Han recibido el mensaje de Jabrid… ¡Y los patriotas kumaníes atacan en la costa simultáneamente…! Es el momento de decir adiós a este lugar…

Vació su arma con una última ráfaga, arrojándose luego al agua. Nadó con fuerza, en pos de los demás. No fueron atacados desde la plataforma, porque los aviones rusos y americanos les tenían ya en jaque desde el aire, obligándose a buscar refugio. Y por el mar, las lanchas de los sublevados entraban también en acción.

Cuando llegaron a tierra, chorreantes, la batalla en el Golfo se había desencadenado con fuerza. Vania, él y los científicos, esperaron unos momentos. Luego, de repente, todo el mar pareció un volcán. Rugió la noche, abriéndose las aguas con una llamarada formidable, que elevó por los aires la estructura toda la plataforma, haciéndose mil pedazos en medio de un estruendo ensordecedor. Todo se llenó de luz, como si fuese de día.

Los científicos se miraron entre sí, aliviados. Uno comento:

—El gas no soportará esa temperatura… Se descompondrá con el calor y el fuego. Cuando escape de los recipientes no causaré daño alguno, la fórmula se habrá desintegrado por sí sola…

—Lo sé —afirmó Ranko—. Es la única propiedad que conozco de ese maldito gas., y vale más que nadie vuelva nunca a elaborarlo, señores. Ahora, en marcha. Aún nos queda bastante para poder salir de este país sanos y salvos.

Vania le miró, sonriente mientras iniciaban la marcha hacia el interior del territorio kumaní. Sabía ella que, de todos modos, con Ranko al lado, todo era fácil.

EPÍLOGO

—Bien, Ranko. Le felicito. De nuevo ha conseguido un gran éxito en su misión.

—Gracias, general Willoughby. Espero que ahora, de regreso de ese país del golfo Pérsico, sí podré gozar de mis bien merecidas vacaciones…

—Bueno, yo… —El general se frotó el mentón, pensativo, eludiendo mirar a Ranko—. La verdad es que no sólo he venido a recibirle en su regreso a los Estados Unidos, sino que…

—Oh, no, otra vez no, señor —gimió Ranko, mirándole.

—Lo siento. Es el propio Presidente quien le ha elegido esta vez, después de comprobar cómo resolvió el feo asunto de Kumán y del gas letal…

—Me lo estaba temiendo —volvió a lamentarse Ranko, como aquel día en que Willoughby le encomendara la misión recién cumplida.

—Sí, verá… Tiene que ir a la Unión Soviética para iniciar una difícil misión en Oriente. Le acompañará una conocida suya… Vania Dubronski, elegida personalmente por el Kremlin para esta nueva misión…

Los ojos de Ranko se animaron repentinamente. Se irguió, con una sonrisa luminosa en su duro semblante.

—¡General, haber empezado por ahí! —exclamó—. ¿Cuándo es la partida?

—Bueno, si lo desea… ahora mismo, en cuanto sepa de qué se trata…

—¿A qué estamos esperando, entonces?

El general le contempló asombrado.

—La verdad, Ranko, no hubiese esperado nunca que se lo

tomara tan a bien. Verá se trata esta vez de…

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraida de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/